

BOLSILIBROS
BRUGUERA
SS
SERIE
SERVICIO SECRETO

el infierno de la droga

cliff bradley





SS **SERVICIO SECRETO**



CLIFF BRADLEY

EL INFIERNO DE LA DROGA

Colección

SERVICIO SECRETO n.º 1.100

Publicación semanal

Aparece los MIÉRCOLES



EDITORIAL BRUGUERA S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

Depósito Legal B 27.948-1971
Impreso en España - Printed in Spain
1.^a edición: setiembre, 1971

© CLIFF BRADLEY - 1971
sobre la parte literaria
© MIGUEL GARCÍA - 1971
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA,
S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A, Mora la
Nueva, 2 - Barcelona - 1971

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

961. — Sendas de ira.

En Colección BÚFALO:

616. — El que mató a Jack Torrence.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.089. — El gerifalte.

En Colección ASES DEL OESTE:

626. — El león y los chacales.

En Colección BRAVO OESTE:

518. — El cráter del sol poniente.

En Colección COLORADO:

722. — Asesinos en la noche.

En Colección PUNTO ROJO:

467. — Los eslabones de la cadena.

En Colección CALIFORNIA:

772. — Una estrella de latón.

En Colección KANSAS:

690. — Dos lobos.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

19. — Humo azul en los montes.

CAPÍTULO PRIMERO

Hay cosas que la juventud debe saber. Por ejemplo, lo referente a la heroína.

La heroína es un derivado de la morfina, pero cinco veces más fuerte que esta y por eso la prefieren los toxicómanos. Se la encuentra bajo la forma de un polvo blanco puro, gris o castaño. Tras difíciles y diversas transformaciones, de un kilo de morfina se obtiene uno de heroína. Hong-Kong y Macao son los dos centros especializados en este trabajo, la Costa Azul, la Riviera italiana y la metrópoli parisiense los centros de distribución. Su mayor centro de consumo, los Estados Unidos.

La heroína provoca fuertes reacciones: alegría, fantasía, animación, sensación de poder, bienestar y, por último, agotamiento y sueño. En la mayoría de las personas disminuye el instinto sexual, aunque en algunas lo estimula. A largo plazo, de modo lento pero inevitable, afecta al sistema nervioso central, lleva a enfermedades mentales y a la muerte. Aproximadamente el ochenta por ciento de los toxicómanos han caído víctimas de la heroína, con lo que esta droga se ha convertido en el problema número uno para las autoridades.

La cocaína es otra droga, un alcaloide que se obtiene de la coca, planta originaria de América del Sur, aunque también crece en la India. Como la heroína, es un polvo blanco que puede tomarse como rapé, comerse o inyectarse. Se puede mascar la hoja de coca como durante siglos lo han hecho los indios del altiplano andino, pero esa costumbre ha sido casi completamente abandonada. Estimula el sistema nervioso, causando en él fuertes altibajos, y excita el instinto sexual. Tomada con regularidad produce insomnio, pérdida de peso y, finalmente, trastornos mentales. Muchos toxicómanos mezclan la heroína y la cocaína, denominando a esa mezcla «dinamita» Lo es.

Como puede leerse en cualquier diccionario, la heroína se

obtuvo por primera vez en 1898 en los laboratorios alemanes con tal denominación. Entonces se la consideró un medicamento casi milagroso contra la tuberculosis y los médicos comenzaron a emplearla como más tarde harían con la penicilina y la cortisona. Fue uno de los típicos casos de precipitación ilusionada y optimista que de cuando en cuando se dan en la Medicina y que suelen provocar tremendos resultados, al «ponerse de moda» un medicamento escasa o defectuosamente experimentado en los laboratorios. No habían transcurrido dos años cuando se comprobó, con horror, que la morfina causaba adicción en el hombre y era un medio seguro para llevarle a la ruina física y mental. Tras realizarse tan estremecedor descubrimiento, la heroína fue radicalmente condenada y durante un puñado de años puede decirse que se la olvidó por completo.

Volvió a resurgir, y no precisamente por sus indudables propiedades terapéuticas.

¿Quién no ha oído hablar de la Mafia? La fantasmal y criminal organización, cuyo verdadero nombre parece no ser ese, por cierto, brotó hace ya mucho tiempo en la Sicilia dominada por los Borbones españoles o incluso antes, en plena Edad Media. En sus orígenes parece ser se constituyó como sociedad secreta para defenderse de la insoportable opresión de la nobleza y vengar a sus miembros perseguidos, torturados o muertos sin causa ni motivo. Cualquier delito contra la propia sociedad se castigaba con la pena de muerte. Más adelante degeneró hacia el secuestro y el asesinato, llegando a atemorizar a la clase dominante sin que las autoridades consiguieran nunca erradicarla, ni tan siquiera reducirla. Al ser incorporada Sicilia a Italia se aumentó su fuerza y también su proscripción, con la incorporación a ella de los guerrilleros borbónicos insurrectos. Cuando comenzó la masiva inmigración de italianos a los Estados Unidos, la Mafia fue con ellos y en la nueva tierra enraizó rápidamente porque, bien es verdad, la bullente nueva sociedad constituía un magnífico caldo de cultivo para sus actividades, llegando a tanto que en 1890, el asesinato por mafiosos del jefe de la policía de Nueva Orleans provocó la suspensión de relaciones diplomáticas entre los Estados Unidos e Italia. Al igual que en este último país, en los Estados Unidos nada ni nadie consiguió destruir a la temible sociedad secreta, si bien tampoco

esta sobrepasó determinados límites de criminalidad, dedicándose, sagazmente, a controlar de manera efectiva el vicio y el crimen en las explosivas grandes ciudades norteamericanas.

De hecho, el que la Mafia se interesara por las drogas, convirtiéndose rápidamente en casi monopolizadora de su importación y distribución dentro del país, debióse a uno de sus más célebres —tristemente célebres— representantes, el llamado Lucky Luciano.

También casi todo el mundo ha oído hablar de Luciano. No estará de más un somero repaso a su *curriculum vitae*.

El pequeño inmigrante italiano inició muy temprano su carrera delictiva, pues ya en 1918, a los diecinueve años, fue detenido por tráfico ilegal de drogas y condenado a una severa pena de cárcel. Sin embargo, resulta una excelente muestra de la efectividad y el alcance de visión de la justicia organizada la simple enunciación de las sucesivas condenas sufridas por Lucky Luciano en la década de los veinte. Detenido en 1920 por tenencia ilícita de armas, consiguió ser condenado a una pena leve gracias a que facilitó a la policía información acerca de los escondites de la droga. Detenido en 1926 por ataque a mano armada, fue libertado tan aprisa que al año siguiente volvía a ser detenido y juzgado por el mismo delito, además de como reincidente en el tráfico de drogas. En 1928 volvieron a detenerlo, por robo, lo cual significa que estaba libre previamente. En 1929 otra vez fue detenido por robo y, para colofón, otra vez fue a la cárcel en 1930, por juegos prohibidos. Toda una aleccionadora secuencia. En aquellos tiempos, cualquier agitador sindical, o un negro que se metiera en un establecimiento para blancos, arriesgaba veinte años de presidio y cumplíalos, el negro al menos, enteros.

Pero Lucky —de ahí le vino el sobrenombre— solo era el más nefasto y peligroso criminal después de Al Capone, posiblemente le causó más daño a la sociedad y, desde luego, más víctimas sí hizo que Capone. Así que poco a poco, y a pesar de tantas detenciones y condenas, eliminó a la competencia, fortaleció su propia organización y acabó convirtiéndose en el zar de la droga. Tenía amigos poderosos, incluidos políticos influyentes, negociantes y miembros de la policía; aún no había entrado en la cárcel cuando eminentes abogados ya estaban sacándole. El escándalo resbalaba

sobre la superficie social de un gran país que siempre ha rendido culto a la violencia como virtud nacional y para cuyos ciudadanos tipos como Capone, Dillinger, Bonnie y Clyde... resultan casi seres de leyenda, gente digna de ser imitada. Aparte algunos cuantos héroes de verdad, que arriesgaban el tiro en la nuca o el ametrallamiento desde un automóvil a toda marcha por clamar en el desierto contra aquella gentuza y el peligro que para el país representaba, la masa ignora, la minoría silenciosa, se encogía de hombros e iba a lo suyo... como siempre, diciéndose que aquel era negocio de la incumbencia de jueces y policías, que para eso cobraban.

Luciano era grande, genial, un innovador. Por ejemplo, introdujo en los Estados Unidos un método que ya llevaban utilizando algún tiempo los bandidos asiáticos en California y en lugares como Sanghai, Cantón, Hong-Kong... habiendo comprobado a la saciedad sus excelentes resultados. Gentuza especializada que pululaba por los grandes almacenes, los comercios, las fábricas, los sitios donde trabajaban numerosas muchachas humildes hartas de su esclavitud laboral, de la sordidez de sus horizontes, ansiosas de una vida de goce, libertad y despreocupación a la que, desde luego, no podían razonablemente aspirar, entablaban hábiles contactos con tales mariposas locas, deslumbrábanlas con ofertas maravillosas y, a su debido tiempo, introducíanlas en el mundo que ellas anhelaban conocer. Primero se trataba de simples fiestas con gente elegante, donde corría el champaña, también el whisky de contrabando, y donde la muchacha ansiosa de vivir su vida gozaba ciegamente de todo aquello sin más preocupaciones, desde luego sabiendo, o al menos intuyendo, que de algún modo tendría que pagar, pero imaginándose que todo se reduciría a irse con algún rico e influyente individuo que, lógicamente, acabaría poniéndole piso, sacándola del trabajo y la miseria ambiental. Eso sucedía, desde luego, pero solo como iniciación. A las dos o tres fiestas, uno de aquellos amigos ofrecía, «como ensayo», una inyección de heroína. En muchos casos, la víctima ni aún sabía de qué se trataba en realidad, dejábase inyectar la droga de manera alegre e inconsciente, para conocer y gustar otra sensación nueva. A los pocos ensayos, aquellas muchachas ya estaban listas para comenzar a pagar como fuera sus dosis diarias de droga. Y el precio era

siempre el mismo. Parece una historia de lo más actual, ¿verdad?

Inmediatamente eran transferidas por Luciano a su sección de *Call Girls*, muchachas que pasaban su vida aguardando la llamada telefónica de un cliente con disponibilidades monetarias en cualquier tugurio, sumidas casi siempre en un «nirvana» degradante, incapacitadas ya para escapar a un destino que nada tenía en común con aquella vida frívola, brillante, llena de diversiones y placeres, con que un día soñaron despiertas mientras abominaban del trabajo rutinario, el hogar humilde y los padres opresores.

En 1935, Thomas E. Dewey, hijo, que más tarde habría de competir con Roosevelt y Truman por la presidencia del país, emprendió la lucha contra Luciano. Sin éxito, nunca pudo probarle —ya se sabe cuán meticulosa es a veces la justicia norteamericana en sus exigencias de pruebas irrefutables contra un presunto culpable, meticulosidad que en ocasiones, por ejemplo cuando se trata de un gran *gangster*, alcanza los límites de lo delirante e inconcebible— su participación en el tráfico de drogas que infestaba el país, pues no dejaba nunca huellas... y las que dejaba encargábanse de borrarlas numerosos individuos, inclusive miembros de la policía adecuadamente sobornados. De todos modos le hizo detener, acusándole de extorsión. El proceso fue largo, sensacional... y bochornoso, resultando el mismo Luciano condenado, por enésima vez, ahora a treinta meses de prisión, exactamente treinta meses.

Entonces ocurrió que los Estados Unidos entraron paladinamente en guerra con las «pestilentes potencias de Satán» que amenazaban apoderarse del mundo, una de las cuales se había atrevido a hundirles media escuadra en Pearl Harbour. Hay quién afirma que porque en el país un importantísimo y poderosísimo grupo de grandes negociantes que preveían los inmensos beneficios a obtener de la fabricación y venta al Gobierno de pertrechos militares, se las arreglaron para que determinada información confidencial y supersecreta, que conocida a tiempo por los mandos militares habría evitado la catástrofe, o al menos habríala paliado en gran parte, no fuese conocida por quien estaba en posición de dictar las órdenes correspondientes con la necesaria antelación. A lo peor resulta ser cierto. La Historia está repleta de hazañas así; pero no es

cosa para dilucidarla aquí.

El caso fue que los muchachos del Tío Sam retornaron a Europa para salvarla con su heroísmo de las potencias del mal y darle de paso un buen tratamiento democrático de excelencias y bienestares *made in USA* que, según ellos y sus dirigentes, mucho necesitaba el viejo y podrido continente.

Son curiosos los caminos del Señor... Porque parece ser que la famosa invasión de Sicilia, donde los italianos hicieron una defensa del suelo patrio que puede quedar como antológica en un determinado sentido, donde mientras los ingleses, canadienses, neozelandeses, hindúes y demás aguerridos súbditos de Su Graciosa Majestad tuvieron que batirse bien el cobre y las pasaron moradas en su sector, donde «casualmente» estaban las únicas fuerzas alemanas en la isla, mientras que los *boys* del legendario Patton y otros generales americanos realizaron un verdadero paseo triunfal casi sin disparar un tiro excepto donde, al principio, hubo algunos destacamentos alemanes que a punto —como en otras ocasiones— estuvieron de echarles al mar, apuntándose así la primera de sus resonantes victorias en Europa con un reconfortante mínimo de pérdidas humanas, pudo hacerse como se hizo gracias a la absoluta complicidad con los invasores norteamericanos de todos los mafiosos de Sicilia, los cuales facilitaron ingente y valiosísima información, disgregaron al ejército italiano, ya de por sí muy escaso de espíritu combativo, estorbaron los movimientos de las tropas alemanas, guiaron a los jóvenes, guapos y ricos invasores de allende el Atlántico por los lugares menos peligrosos y les entregaron media isla en bandeja. Todo un gran triunfo para las armas norteamericanas...

Lucky Luciano tuvo tanto que ver en tal triunfo, gracias a sus abundantísimas conexiones con el hampa de su país natal, que las autoridades norteamericanas decidieron mostrarse generosas con él. Le abrieron las puertas de la cárcel... y le cerraron las del país. «Así paga el diablo...», diría Luciano cuando se enteró de la jugada que le devolvía irrevocablemente a la soleada Italia.

Se aposentó en una suntuosa villa de las afueras de Nápoles y esperó algún tiempo. Al poco de terminarse la guerra consiguió un pasaporte italiano y un visado de entrada en Cuba, a la sazón, y desde que fuera liberada «de la tiranía española», el gran burdel de

los Estados Unidos, hecho tristemente notorio que habría de provocar más tarde bien conocidas situaciones. Se proponía reconstruir en Cuba su poderoso sindicato, mas para ello necesitaba mucho dinero, con el cual conseguir la ayuda y complicidad del Gobierno cubano de entonces. Se sirvió de un expedidor que no despertara sospechas entre los funcionarios de aduanas, y según el informe de la Comisión Kefauver, del Senado, tal correo no fue otro sino un super célebre cantante y actor cinematográfico que, en 1947, por ejemplo, le llevó tranquilamente dos millones de dólares en sus valijas, las cuales nunca fueron registradas por los aduaneros, ni en los Estados Unidos ni, por supuesto, en Cuba. Pero el Gobierno norteamericano, viendo venir el nublado, tuvo una saludable reacción: cortó en seco el suministro de narcóticos para fines médicos a Cuba y, como tal suministro les era vital, los cubanos tuvieron que expulsar a Luciano de su país.

Fue un duro golpe para Luciano, en verdad. Estaba viviendo como un maharajá en su magnífica residencia de los alrededores de La Habana, recibía a menudo visitas de gentes cuyos nombres resonaban en la Prensa mundial, actores y actrices del cine, personalidades de la política y los negocios, famosos del gran mundo, periodistas importantes, bandidos no menos importantes... Volvió a Italia y tejió de nuevo su tela.

Pronto se animó de nuevo el tráfico de drogas. Los correos iban de un lado para otro, desembarcando en Montreal, La Habana o Ciudad México, desde donde la heroína era introducida en los Estados Unidos clandestinamente... cuando no entraba derechita en el país dentro de valijas diplomáticas. La policía de todo el mundo, alarmada por el renacimiento del viejo sindicato, se unió a fin de asestarle un golpe al menos tan fuerte como el de Dewey. No lo logró.

El temor que Luciano inspiraba hacía imposible obtener una declaración aceptable de los testigos en múltiples juicios que resultaron a la postre inútiles. Además, el viejo zar de la droga había aprendido mucho, nunca dejaba huellas ni facilitaba pruebas objetivas, de esas que la objetivísima, minuciosísima e imparcialísima justicia norteamericana necesita para condenar, por ejemplo, al tipo que se carga a tiro limpio a un candidato a la presidencia o a un gran líder negro galardonado con el Nobel de la

Paz. Siguió, pues, viviendo libre y suntuosamente, respetado, temido y agasajado, hasta que en 1962 falleció de un ataque cardíaco cuando se encontraba en el aeropuerto de Nápoles, esperando a un viejo amigo.

Como debe ser.

CAPÍTULO II

El comisario jefe Nielssen, del Departamento de Narcóticos de los Estados Unidos, tenía aquella mañana la expresión ceñuda y preocupada de los días malos. Tampoco era más alegre la de sus dos interlocutores, altos oficiales del departamento asimismo. Se encontraban reunidos en el despacho del primero, en Washington, fumaban y contemplaban un gran mapa muy detallado del mar de la China y el sureste asiático.

—Mucho me temo que también él haya fallado y esté muerto...

—No quiero ni pensar en esa idea, pero... Debió haber transmitido información hace ya cinco días. Y no lo ha hecho.

—Nuestros agentes en ese lugar, este, ese y ese, aseguran no haberle visto, ni tienen tampoco la menor idea acerca de lo que puede haberle sucedido.

—Aún debemos conservar la esperanza. No quiero aceptar esa posibilidad, señores.

—Desgraciadamente, los precedentes nos llevan a ser muy pesimistas. Ryan debe haber sufrido la misma suerte que los demás...

— ¡Cállense! Son como aves agoreras. Ustedes conocen a ese hombre igual que yo, en algún caso, mejor. Hay que darle un margen de esperanza. Es posible que no haya podido establecer contacto con los enlaces, o transmitirnos información, por cualquier causa eventual...

— ¿Desde hace cinco días, señor? Recuérdelo, en las ocasiones anteriores...

— ¡Lo sé muy bien, no me lo recuerde! Pero Ryan es distinto. ¿Cuántos casos resolvió limpiamente en los últimos diez años? ¿Quién conoce mejor que él al inframundo de los traficantes de narcóticos, quién sabe como él engañarles y darles jaque mate? Además, ¿quién tiene su condenada buena suerte? Por eso le dejé hacerse cargo de esa misión. Si él no logra un éxito, entonces

tendremos que dejarlo y dedicarnos a otra cosa.

Sus interlocutores sabían que estaba en lo cierto. El inspector jefe Walter Ryan gozaba fama en el departamento de ser no solo el más experto entre los expertos detectives de la especialidad, el más hábil, astuto y contundente, sino también el hombre con más buena fortuna que hubiera pasado nunca por el Departamento de Narcóticos. Otro que no fuera él, ya estaría muerto muchos años ha.

Pero ahora parecía haberle tocado la china...

Lo mismo estaba pensando el comisario jefe Nielssen, aunque no lo quería admitir. Cinco días eran muchos días...

—Su último informe llegó desde este punto —señaló un lugar del convulso territorio al sur de las fronteras chinas—. Indicaba que el plan seguía con éxito. Es preciso, pues, esperar. Le daremos otras veinticuatro horas y luego nos pondremos en movimiento.

—Ojalá no sea demasiado tarde...

—Guárdese su pesimismo, Shaftley. Sabemos con certeza que hace dos semanas se reunieron en Phom Savang, en Laos, Jean, le Tordu, Luigi, le Corsé, Petit Père y otros con los recolectores del opio en la región. Llegaron desde distintos puntos del globo, como siempre, siguiendo rutas diferentes, esos malditos corsos... y había una poderosa unidad del Pathet Lao lista para proteger la mansión de Yeng. Permanecieron allí cuarenta y ocho horas nada más, pero debe haber sido suficiente. Enviamos a dos cazabombarderos para interceptar alguno de sus aviones y derribarlo, acabando así con alguno de ellos al menos, pero la operación fracasó. Alguien, en el propio cuartel general de Saigón, descubrió el plan y lo avisó a Yeng, los corsos se escabulleron antes de poder ser interceptados y los dos cazabombarderos lo fueron por cohetes en un punto inesperado, perdiéndose uno de ellos y debiendo el otro regresar con averías.

— ¿No se ha podido descubrir al delator?

—Andan en ello. Por otra parte, Yeng sabe perfectamente que estamos encima de él. Lo sabe desde hace mucho tiempo, es muy astuto y tiene un inmenso poder en toda la península malaya, en toda Indochina. Nos consta que al menos un tercio del opio que después los corsos refinarán y distribuirán por todo el mundo pasa por sus manos, también que su propia organización introduce directamente en este país anualmente droga por valor de casi cien

millones. Sin embargo, nunca hemos conseguido atrapar sino a pececillos de poca monta, nunca pudimos desarticular sus redes de distribución, ignoramos aún de quiénes se vale, y en qué forma, para introducir los grandes alijos de droga en el país...

—Y lo peor es que llevamos perdidos ya a varios excelentes compañeros en ese intento.

—Son los gajes del oficio; en toda guerra hay pérdidas. No es eso lo que me duele, sino la continua serie de fracasos, que la inmólación de tantos magníficos agentes no haya dado ningún resultado. Y si ahora le ha tocado a Ryan...

Guardó un silencio malhumorado que los otros no trataron de interrumpir, para encender un cigarrillo y darle unas furiosas chupadas. Luego volvió a señalar el gran mapa.

—Ryan había conseguido introducirse en la organización de Yeng, al menos eso nos contó. Ese diablo de hombre es capaz de aquello que a los demás les resulta imposible...

—Pero no es un superhombre, su inmensa buena suerte le ha podido fallar. Debimos enviar a alguien...

— ¿A quién, Shaftley? ¿A usted, acaso?

El aludido hizo una mueca expresiva.

—No pensé tal cosa...

—Menos mal. Ya sé que Ryan no es demasiado santo de su devoción desde que acertó en aquel par de casos donde usted previamente había fracasado.

—Hice cuanto estuvo en mi mano...

—Y nadie se lo discutió, solo que usted no es Ryan, lo cual no significa ningún desdoro. Él tiene eso que marca al perfecto policía, un sexto sentido, una predisposición congénita, como queramos llamarle. Por eso me resisto a creer que haya fracasado ahora. Tiene que encontrarse en algún punto entre aquí y aquí... Pero, maldita sea, ¿por qué no dará señales de vida?

—Tal vez no le haya sido posible por cualquier razón de peso. Opino como usted, Ryan es excepcional. Por eso mismo sabe muy bien cuándo no le conviene arriesgarse. Supongamos que ha estado, o está aún, tomando parte en algún trabajo para Yeng, incluso como prueba de sus aptitudes y confianza. Si es así, desde luego que Ryan no se arriesgará a perder todo lo conseguido, y también la vida, tan solo para tranquilizarnos.

Nielssen le miró casi con alegría.

—Vaya, al menos me da una explicación razonable de ese maldito silencio...

Pero Shaftley volvió a la carga, enconado:

—Por lo que sabemos, no había nada que nos haga suponer tal clase de trabajo...

De nuevo el comisario jefe se volvió a su subordinado con mal humor. De hecho, el comisario Shaftley era... un excelente burócrata, un policía de oficina impecable e intachable, capaz de mantener la más perfecta disciplina y el orden, la productividad laboral máximos entre sus subordinados; pero como policía-policía, esa clase de hombres duros y abnegados que están mucho más a las duras que a las maduras, dejaba bastante que desear. Sin embargo, su probidad a toda prueba, sus amistades y conexiones políticas y una vocación un tanto desviada, más que otra cosa prurito íntimo e inconfesado de autosuperar una mediocridad de todo orden por medio de un trabajo de acción y riesgo, habíanle hecho pasar al *Federal Bureau of Investigation* desde el ejército, y una vez en la policía federal, empeñarse en seguir la ruta de los hombres de acción, contra el parecer de sus superiores que pronto se dieron cuenta de cuáles eran sus verdaderas capacidades, pero no pudieron resistir a determinadas recomendaciones procedentes del Pentágono y la Secretaría del Interior. Hasta que un par de rotundos fracasos sirvieron para colocar a Shaftley definitivamente en el lugar que le correspondía y donde mejores servicios podía rendir, una de las subsecretarías del FBI, una especie de servicio de Estado Mayor. Shaftley no se había resignado del todo y no perdonaba a Ryan el haber triunfado brillantemente en uno de los casos, el más importante, en que él fracasó de modo estrepitoso.

—Le repito, Shaftley, que no quiero más opiniones derrotistas en este asunto, ya tengo suficiente con lo que hay de cierto.

Iba a contestarle con cierta acidez el comisario Shaftley cuando sonó un zumbador y se encendió una luz roja en el cuadro de intercomunicaciones. Rápido, el comisario jefe fue allí, alzó una palanqueta, tomó un teléfono y gruñó:

— ¿Qué sucede?

Lo que escuchó tuvo la virtud de cambiar de golpe su expresión a una de alivio y satisfacción inusitados. Mirando a sus

acompañantes, que aguardaban con expectación, les comunicó:

—Bien, señores, ya tenemos noticias frescas de Ryan. Ha llegado sin novedad a Singapur...

CAPÍTULO III

Quien haya estado en Singapur sabe cuán diferente a cualquier otra es esa ciudad situada en el mismísimo extremo de la larga península malaya. Una curiosa, fascinante amalgama de tres espiritualidades, de tres formas de sentir y entender la vida, se conjuga en ella con influencias telúricas llegadas de las regiones y los mares circundantes. Singapur, la puerta del Oriente, es única...

También es la capital de los narcóticos, de las drogas malditas, el lugar donde se fijan los precios y se tejen redes de hilos misteriosos tendidas por todos los lugares de la tierra.

Allí, en Singapur, se encuentra el nudo gordiano del tráfico internacional de drogas prohibidas. Está, naturalmente, en las manos de los chinos, simplemente a causa del hecho de que los chinos controlan todo el comercio de Singapur, tanto el legal como el ilegal. En las manos de muy pocos, poquísimos chinos...

Eso no significa que únicamente los chinos manejen ese tráfico. Al contrario, suelen ser gentes de todas las razas, y, en su mayoría, aventureros blancos, gente sin nada que perder, deshechos de todas las cárceles de todos los países. Ellos cargan con el peso de la tarea y con la mayor parte de sus riesgos.

A lo largo de todas las costas de la isla de Singapur, pasada la medianoche, cuando la fuerte resaca ahoga casi todos los ruidos, muévense misteriosas embarcaciones dotadas de potentísimos motores, que se sumergen en la oscuridad como fantasmas raudos, acercándose a la costa o alejándose de ella. Los focos de los guardacostas que constantemente patrullan esas aguas raramente descubren a las fantasmales embarcaciones cuyos tripulantes conocen al dedillo todos los escondrijos y desaparecen como si el mar los tragara...

Una de tales embarcaciones hallábase ahora, envuelta en la neblina, a cosa de una milla de distancia de la costa, en la embocadura de la pequeña bahía de Pulo Matang, a menos de

veinte millas al oeste de Singapur, en una encalmada y oscurísima noche de primavera, ya de madrugada. Tratábase de una lancha de treinta toneladas de desplazamiento, pintada de gris azulado, dotada de un potentísimo motor. Sobre cubierta, cinco hombres estaban aguardando en la tensión natural de tales circunstancias. Dos de aquellos hombres eran chinos, los tres restantes blancos. Todos empuñaban magníficas metralletas muy modernas, armas ligeras de una eficacia extraordinaria, sobre todo en manos expertas. Un sexto individuo estaba abajo, en el timón. Habían parado el motor y la embarcación ahora se mecía en las mansas olas del estrecho.

Allí delante estalló en la sombra una flor roja, a ras del agua. Un destello, dos, tres...

Uno de los blancos de a bordo ordenó, seco:

—Haced la señal.

Uno de los chinos tomó una linterna eléctrica especial, grande, se colocó adecuadamente y la encendió, abriendo la pantalla metálica. Una potente luz roja taladró la algodonosa neblina...

Hubo un momento de pausa. Luego volvieron los tres destellos rojos allí enfrente. El hombre de antes ordenó al timonel:

—Vía libre. Da marcha, ya sabes a qué velocidad.

Roncó el potente motor. La lancha se estremeció, luego viró a estribor y avanzó rauda sobre las blandas olas, entre la neblina, hacia la playa. Los hombres sobre cubierta, sin pronunciar palabra, se esparcieron tumbándose junto a las bordas, sobre proa... con las metralletas alistadas. El que diera las órdenes se acercó al que se había tendido en la proa y le advirtió, con dura voz:

—Abre bien los ojos, Kinkaid. No me gustaría tener un tropiezo.

El inspector jefe de federales Walter Ryan volvió la cara y contestó, mientras alistaba los potentes prismáticos, con cristales infrarrojos acoplados, que había sacado de su funda:

—Descuida, Prince. Tampoco yo tengo ganas de una cosa así.

Luego se tendió boca abajo sobre la cubierta de proa y clavó los codos en ella, acoplando los prismáticos a sus ojos. Entonces encendió la luz infrarroja.

Pudo distinguir la línea oscura de la costa y la clara franja de arenas de la playa casi con toda nitidez, a pesar de la neblina que se adensaba poco a poco y constituía, por sí misma, una valiosa ayuda

para los contrabandistas de droga. De momento, aquel sector de playa aparecía solitario, tranquilo...

Pero no sería la primera encerrona en que cayera una confiada embarcación contrabandista. Y a él no le gustaba la idea de que tal cosa le sucediera, por muchas y poderosas razones.

Llevaba dos meses metido hasta los pelos en aquel peligroso asunto, donde habían perdido la vida ocho de sus camaradas en los últimos dos años. Y antes aún necesitó otros meses de preparación.

Había sido un concienzudo trabajo. Oficialmente, se encontraba tendido en una cama de hospital, en la clínica especial para agentes del FBI en las afueras de Washington, con un serio balazo en la cara y otro en el pecho, recibidos durante una refriega con unos contrabandistas de droga. Los agentes federales que actuaron en aquella refriega habían sido escogidos por él en persona y el tiroteo fue deliberadamente provocado. Dos de los hampones murieron y otros dos fueron apresados, hubo uno seriamente herido y otro que desapareció, se suponía que herido también. Se hizo correr la voz de que se tiró al río para poder huir... —y probablemente el río lo arrastró. De los federales, hubo un herido leve y otro, él, Walter Ryan, inspector jefe, grave, muy grave, tanto como para no permitirle a nadie verle, ni entonces ni después.

De hecho, el individuo entre la vida y la muerte en la clínica del FBI era el hampón oficialmente desaparecido. Él, Ryan, solo recibió un rasguño sin importancia. Pero durante varias semanas tuvo que someterse a una serie de intervenciones de cirugía facial.

Solo a él se le había ocurrido aquella treta para poder introducirse en el mundo del hampa. Cirugía facial, un tratamiento especialísimo... y a las cuantas semanas un hampón llamado Larry Kinkaid desembarcaba en Tokio con un equipaje muy escueto y una historia que contar. La historia de un granuja de tercera fila, pero animoso y duro como pocos, que había dado muerte a un policía en un tiroteo y logró escapar tras una odisea realmente extraordinaria, perseguido como un perro rabioso. El hecho de que el verdadero Kinkaid estuviera ahora bajo tres pies de tierra en un desolado lugar de la península de la alta California coadyudaba a la veracidad oficial de aquella historia. Kinkaid había sido muerto poco antes de que a él se le ocurriera utilizarlo como arma para un plan tan audaz como arriesgado. Él mismo le dio muerte, tras de una persecución

difícil, por causa de un alijo de drogas. De la muerte de aquel hampón hubo muy escasos testigos. Y como la estatura de Kinkaid, su complexión, el color de sus cabellos, incluso la edad, eran muy semejantes a los suyos, Ryan tuvo una de aquellas ideas fulgurantes suyas que a menudo espeluznaban a sus superiores. Le costó una semana entera lograr que ellos aceptaran su plan, pero también tenía el raro don de convencer...

Había sido él quien, bajo el pellejo de Kinkaid, apechugó con la fama de haber asesinado a aquel policía de carreteras que detuvo en mala hora para él a un desconocido viajero en un tramo solitario de carretera y recibió dos balazos en pleno pecho. El FBI anunció, cuarenta y ocho horas después del crimen, haber identificado al asesino y organizó una espectacular caza del hombre... facilitando al mismo tiempo la huida del falso hampón fuera del país. Todo había sido magníficamente preparado, y salió perfecto.

Y ahora él estaba aquí, delante de la costa de Singapur, formando parte del equipo de una lancha contrabandista de opio. No había sido ni fácil ni difícil obtener un contrato en la organización; su fama le precedía y superó perfectamente todas las pruebas. Para ello se había preparado a conciencia en las semanas de inacción física posteriores a la operación de cirugía facial y podía dar detalles de la vida y milagros de Kinkaid tan minuciosamente como el propio hampón, de haber vivido. Naturalmente, existían cosas que ignoraba y que podían llevarle al desastre... pero era parte del riesgo a afrontar y hasta ahora no había ocurrido nada, ni tuvo tratos con nadie que hubiera conocido antaño al verdadero Kinkaid.

El plan era tan peligroso como audaz, pero el juego merecía la pena. Nada menos que descubrir quién era el cerebro organizador de la distribución en los Estados Unidos de la mercancía elaborada en los laboratorios clandestinos del rey de la droga en Singapur, el misterioso y enigmático Yeng...

De hecho, nadie, al menos entre las fuerzas policiales del mundo occidental, conocía la identidad del hombre así llamado. No se dejaba fotografiar, nadie tenía acceso a su palacio fortaleza en las colinas del noroeste de Singapur, exquisitamente guardado por perros de presa de dos patas, feroces y leales a su amo, sin previo permiso de este; y aún entonces, los visitantes, cualquiera que fuese

su calidad, solo podían hablar con él en la penumbra de una lujosa habitación, donde no era posible distinguir sus facciones. Sus fieles le llamaban Yeng, que es un viejo y distinguido nombre chino, eso era todo. Era inmensamente rico y muy poderoso, aseverábase que siempre estaba de buen humor... incluso cuando daba la orden de ejecutar a alguien que interfiriera en sus negocios, a un policía demasiado curioso, a un traidor.

Yeng poseía una magnífica red de información, una estupenda flota de naves modernas, aviones ligeros, un completísimo laboratorio donde químicos diplomados trataban adecuadamente cada tipo de opio, según procediera del golfo Pérsico, Thailandia, Birmania, la India o China, pues cada país, incluso cada región cultivadora de la amapola, producía un opio diferente que requiere especiales tratamientos para obtener de él una óptima calidad. Finalmente, distribuía una parte de su mercancía entre los miles de fumadores de Singapur, donde según cálculos moderados había de cuarenta a cincuenta mil toxicómanos habituales, y el resto, convertido en heroína y morfina, lo enviaba a los Estados Unidos, a alguien tan poderoso y misterioso como él mismo, conocido por el apelativo de míster Liberty, un sarcasmo sangriento. El Departamento de Narcóticos había logrado capturar, solo el año anterior, envíos de droga de Yeng a míster Liberty por valor de doce millones de dólares. Se calculaba que seis u ocho veces más cantidad había llegado a su destino, a las venas de miles de drogadictos norteamericanos.

Desde hacía ocho años el FBI trataba por todos los medios a su disposición de desenmascarar a míster Liberty. Sin éxito. Todos sus esfuerzos quedaron bloqueados a niveles muy bajo de la organización, en ningún momento los federales consiguieron acercarse de verdad al misterioso personaje, ni tan siquiera sospechas tenían de su verdadera identidad. Solo sabíase que gobernaba con mano férrea un feudo independiente en el negocio de la droga, que era temido, admirado y respetado incluso por los otros reyes del hampa y que debía haber amasado una enorme fortuna, invirtiéndola seguramente en sólidos negocios legales. Pero ni siquiera por ahí se le podía identificar.

Y ahora él, el inspector jefe Walter Ryan, se hallaba en el buen camino para identificarlo. Solo necesitaba mucha, pero que mucha

buena suerte. Porque antes que él lo intentaron otros agentes federales y todos habían muerto de modo violento, en accidentes tan perfectos que solo en dos casos se halló evidencia criminal contra personas, por otra parte nunca jamás halladas, o que simplemente desaparecieron sin dejar rastro.

Como él mismo podía desaparecer.

CAPÍTULO IV

La embarcación contrabandista encalló en la arena con un golpe sordo y suave. Los últimos metros los había recorrido por inercia, con el motor parado. A bordo, los contrabandistas manteníanse alerta, tensos los músculos, las armas preparadas...

Un instante después, de la oscura línea de vegetación selvática emergieron varias figuras que caminaban encorvadas bajo el peso de los grandes bultos. Veinte hombres semidesnudos, que hincaban sus talones en la suave arena y que llegaron a los costados de la embarcación metiéndose en el agua hasta el pecho, acechando como animales... Otros hombres, portando metralletas, se colocaron en la playa, a corta distancia de la cadena de porteadores, vigilando.

No se pronunció una sola palabra. Bultos de cien libras de peso, cuidadosamente embalados, fueron cogidos por los tripulantes de la embarcación y estibados en las bodegas de la misma. Se trabajaba con ritmo absolutamente perfecto, como máquinas, sin que se escucharan otros ruidos que los del trabajo y el chocar de las olas contra el casco y la playa. Toda la operación de carga no duró ni tan siquiera media hora. Cuando el último porteador dejó su último bulto, retornando a la playa, el que dirigía la operación le ordenó al timonel:

—Vamos, marcha atrás.

El motor de la embarcación rugió de súbito con fuerza, la pequeña hélice removió el agua con violencia y la lancha retrocedió veloz, arrancándose a la suave ligadura de la arena en su proa, metióse unos cientos de yardas mar adentro, giró, enfiló a la mar abierta, dio toda la potencia al motor y salió disparada, hundiéndose en la negrura y la neblina. Doce toneladas de opio ya preparado para su consumo iban camino de sus lejanos consumidores...

Exactamente una hora más tarde, en pleno estrecho y a veinte millas de la costa, la embarcación encendió una luz roja, haciéndola

destellar de modo especial. Hasta entonces había navegado con luces apagadas. Momentos después, otra estrella roja apareció hacia estribor, parpadeó y desapareció.

—Avante, medio punto a estribor...

Un carguero de mediano tonelaje, con bandera liberiana, venía navegando desde el Este a velocidad casi normal. Ahora paró sus máquinas y también apagó sus luces de situación. No había niebla en alta mar, pero las lejanas estrellas apenas si destacaban con su luz la masa del barco contra la leve fosforescencia del agua. Por su parte, la lancha contrabandista avanzaba lentamente, como un pequeño cetáceo, hacia el barco.

Tampoco hubo ahora muchas palabras, todos aquellos hombres conocían perfectamente lo que debían hacer. Pequeñas cabrias, dos, colocadas junto a la borda, descolgaron sólidas y delgadas maromas a cuyo final iban redes de fibra plástica. Los contrabandistas de la lancha llenaron cada una de aquellas redes con cuatro bultos. Ambas embarcaciones se mantenían pegadas una a la otra, pero sin abordarse apenas, con sendos paramentos defensivos colgados de sus bordas y soportando los golpes que provocaba el oleaje. Toda la operación duró exactamente veinte minutos. Luego la lancha se apartó del carguero y se alejó, a media marcha y sin encender sus luces de situación, hasta encontrarse a media milla del barco. Este, entonces, reanudó la suya y encendió las luces propias, alejándose despacio hacia el Oeste.

Ryan sacó una pipa y la cargó sin prisa de tabaco. El hombre que parecía dirigir la operación se le acercó, sonriente, mientras los demás también se acomodaban en el pequeño camarote, abriendo latas de cerveza fría.

—Bueno, se terminó. Ha sido una noche muy tranquila...

—Aún no hemos llegado a puerto.

—¿Es que temes algo?

—Siempre es posible que sucedan cosas, ¿no te parece?

—¡Hum! No creí que fueras tan pesimista...

—Y no lo soy. Pero hasta que no me veo sentado en una hamaca, en mi alojamiento, y escuchando la música que me gusta mientras me bebo una ginebra bien helada, nunca opino que estoy descansando.

—Si lo tomas así...

Ryan tenía un sexto sentido que le avisaba muy a menudo el peligro y al cual debía no pocas veces el haber salvado el pellejo. Tal vez por eso se quedó sobre cubierta, con el chino al que tocaba hacer de vigía, mientras los otros se tumbaban en los coys, abajo, a descansar, seguros de haber terminado su tarea de la noche. Incluso en el supuesto de ser abordados por una lancha guardacostas nada tenían ya que temer. Ahora irían a un embarcadero tranquilo, dejarían la lancha y tras el corto paseo a través de los terrenos selváticos subirían a sendos automóviles que les conducirían a Singapur...

Escasamente media hora después ocurrió el desastre.

La niebla se había espesado mucho y navegaban a media marcha por tal motivo. Ryan fumaba su pipa, rumiando sus pensamientos, mientras el timonel canturreaba entre dientes y el chino vigía manteníase alerta a proa. De pronto, a la derecha de la embarcación, surgió de las sombras una más densa, muy grande, precipitándose sobre ellos. Un barco que navegaba con las luces apagadas y las máquinas casi paradas...

El chino y Ryan le vieron casi al mismo tiempo. Ambos gritaron la alarma, pero el barco ya estaba encima y la desesperada intentona del timonel para virar de bordo y eludir el choque fue inútil. Ryan supo instintivamente lo que iba a pasar, se puso en pie y saltó por entre la niebla, lanzándose al agua en perfecta zambullida. Un instante después la proa del mercante golpeaba a la lancha contrabandista hacia la parte delantera, con un impresionante crujido de planchas quebrantadas sobre el cual sonaron un par de alaridos humanos...

La lancha fue proyectada por el choque fuera del agua, giró en el aire y volvió a caer, con el flanco de estribor reventado por su mitad de proa. De hecho estaba casi partida en dos y comenzó a hundirse muy aprisa en las aguas tranquilas, mientras el carguero causante del abordaje continuaba su marcha, aumentando la velocidad de sus máquinas de modo perceptible, pero sin encender sus luces de situación.

Ryan se había lanzado al agua justo a tiempo. Hundiéndose un par de metros y nadó desesperadamente para alejarse del punto de succión de la hélice del carguero. Sacaba la cabeza fuera del agua justo cuando la lancha pasada por ojo era desplazada a un costado

del carguero y se descubrió a cosa de una veintena de brazas a babor del barco. Él, calculando en una fracción de segundo lo que iba a pasar, habíase lanzado hacia babor de la lancha que ahora hundíase aprisa a menos de diez brazas. De haberse lanzado por estribor, estaría ahora atrapado entre lancha y carguero. Estaría listo...

Nadó vigorosamente, alejándose cuanto pudo. El remolino levantado por el abordaje le alcanzó y chupó, pero pudo sobrepasarlo. Cuando llegó el que producían las aspas de la hélice estaba ya a suficiente distancia para resistirlo. Se sostuvo así, en el agua tibia, mirando alejarse al carguero como una sombra asesina que rápidamente se hundió en la niebla...

Luego nadó hacia donde terminaba de hundirse la lancha naufragada.

No tenía el menor interés en salvar a los contrabandistas, pero tampoco podía correr ningún riesgo. Probablemente, casi todos habían muerto a consecuencia del choque, atrapados dentro de la embarcación. Pero el chino que estaba de vigía tal vez hubiera podido salvarse...

No halló rastros de ninguno de ellos, no contestaron a sus llamadas. Pero sí pudo apoderarse de un valioso pecio, un salvavidas formado por un trozo de mamparo al que estaba sujeto un flotador. Seguía teniendo mucha suerte.

Iba a necesitarla toda. Hallábase en medio del mar, a unas seis millas marineras de la costa, rodeado por la niebla. Su única ventaja era el mar en calma. Ni siquiera estaba seguro de conocer la dirección en que tendría que nadar. Pero lo que no podía hacer era quedarse allí, esperando.

Durante dos larguísimas horas nadó vigorosamente, con breves intervalos de descanso y sin soltar el pecio que le permitía economizar fuerzas. Pero poco a poco comenzó a sentir cómo el agua volvíase fría, cómo sus músculos se iban agarrotando. Carecía de todo indicador de situación, nadaba a la ventura envuelto en total oscuridad...

El inspector jefe Ryan no era hombre para dejarse invadir por el desaliento. Dejando de nadar, mantúvose por bastantes minutos inmóvil, dejando que las olas lo llevaran, mientras reponía fuerzas y pensaba en su comprometida situación. Calculaba haber nadado tal

vez un par de millas marinas, la tercera parte de la distancia hasta la costa, más o menos, y debían ser las tres de la madrugada, no podía verlo en su reloj. El alba se iniciaría sobre las cinco, si podía aguantar hasta entonces tal vez lograra ser descubierto por alguna embarcación de pescadores...

Minutos después, a sus oídos llegó el bramido ronco de una sirena potente. Y desde la hostil oscuridad surgieron, como estrellas caminantes, las luces de posición de un gran barco. Venía casi en su misma dirección.

Ryan volvió a dar gracias a su buena estrella y nadó de nuevo con vigor, comenzando a gritar en demanda de auxilio. El bramido de la sirena apagó su voz y luego el mastodonte se le echó encima. Nadando a veinte brazas de su costado de estribor, Ryan gritó cuanto le permitían sus pulmones...

Y ya perdía la esperanza cuando le llegó el eco de una voz dando la alerta allí arriba, sobre la iluminada borda del barco:

— ¡Ah del puente, hombre al agua!

Dando la vuelta, Ryan trató desesperadamente de nadar al compás del barco, un mixto de carga y pasaje de unas quince mil toneladas de desplazamiento. Pero el barco le sobrepasó y estuvo en un tris que no lo engullera el remolino de agua de la estela.

Sin embargo, la alarma había sido dada. Vio y oyó cómo el barco reducía marcha, cómo las luces desaparecían lentamente entre la niebla. Soltando el pecio, nadó tan veloz como le fue posible en aquella dirección, desde donde le llegaban ahora ruidos indicadores de que se disponían a virar para buscarlo.

En efecto, poco después el barco reapareció, como un enorme cetáceo, y venía muy despacio. Dos, tres, cuatro grandes focos se encendieron por el costado de babor y su luz taladró las densas vedijas de la niebla, hacia el mar. Le buscaban...

Ahorró sus esfuerzos hasta que la proa del barco estuvo a menos de cincuenta brazas y entonces volvió a pedir auxilio. Poco después, distinguió figuras humanas asomándose a la borda de proa y dos de aquellos focos giraron para localizarle. Oyó gritos pidiéndole que siguiera llamándoles, obedeció y uno de los focos logró alcanzarle con su luz, ya muy difusa.

Nadó entonces, sin ser perdido por el foco, hacia el barco. Estaban ya echando velozmente un bote al agua. Minutos después,

el bote, con dos marineros y un oficial, llegaban a su lado y le ayudaban a izarse, casi extenuado, a bordo. Estaba salvado...

De momento no le hicieron preguntas. Eran hombres de mar y conocían su obligación para con un hombre que solo él sabría cuánto tiempo llevaba luchando desesperadamente por su vida entre las aguas. Hablaban en inglés. El oficial le tendió un caneco lleno de ron antillano, fragante y excelente. Ryan bebió, tiritando, un largo trago que lo entonó mientras acostaban al barco y los marineros sujetaban el bote a los garfios que colgaban de las cuerdas

— ¡Arriba el bote! ¿Cómo se encuentra, amigo? Ha debido pasar un mal rato... ¿Qué le ocurrió?

—Iba en un pesquero... Un carguero con luces apagadas nos pasó por ojo después de medianoche... Creo haber sido el único superviviente...

—Vaya...

Arriba se habían reunido una docena de hombres, casi todos de la tripulación. Los había de todos pelajes, incluso cuatro negros. Uno de estos le echó una manta por encima y le frotaron con ella vigorosamente, mientras otro marinero le ofrecía una botella de whisky mediada de licor. Era la comunidad de los hombres del mar...

Y entonces un hombre recio, de estatura mediana, con una gorra galoneada y la chaqueta de reglamento a medio abrochar, llegó al grupo, inquiriendo con voz dura, imperiosa:

— ¿Qué hay con este hombre, Hendicks?

El oficial que salvara a Ryan contestó, saludando maquinalmente:

—Dice que iba en un pesquero y fueron abordados por uno de esos barcos contrabandistas sin luces de situación...

A Ryan acababan de írsele de golpe los efectos de la prolongada inmersión nocturna. Y ahora miró de frente al único hombre del mundo que nunca hubiera esperado encontrarse allí.

A su propio hermano.

CAPÍTULO V

El capitán Theodor D. Ryan examinó ceñuda y atentamente al hombre aspeado que tenía delante. Y a sus ojos apareció una expresión de aturdimiento, como si viera algo capaz de desconcertarle.

— ¿Cómo se llama usted?

También en su voz latía el desconcierto. Y era natural. Los ojos, la mirada de un hombre no cambian. Y, además, hubo un tiempo en que ellos dos fueron los hermanos mejor avenidos del mundo, a pesar, o tal vez por ella, de la diferencia de diez años que les separaba. Luego se metió Louella por medio...

—Kinkaid. Larry Kinkaid, capitán. Marinero.

—Ya. Iba usted en un pesquero, dice...

—De altura. Veníamos de las Palembane, muy cargados, cuando se nos echó encima uno de esos barcos que navegan con luces apagadas. Yo estaba de vigía, pero apenas si tuve tiempo a dar la alarma y lanzarme al agua...

Su hermano le escuchaba ceñudo, sin quitarle ojo, con aquella mirada incrédula y especulativa. Tampoco es fácil cambiar la propia voz, por muy entrenado que se esté; no al hermano mayor de uno, con quien uno ha convivido durante los primeros veinte años de su vida. Aunque ya hagan quince que no se ven los dos hermanos.

—Larry Kinkaid... Juraría que le he visto en otra parte.

—Es posible, capitán. Uno da tantas vueltas...

—Sí... Debe estar agotado. Vaya a acostarse, hablaremos mañana.

«Ah, Theo, hermano, si supieras a quién tienes delante... Te lo dice la voz de la sangre, sin duda, pen no puedes creértelo,

sencillamente porque es demasiado absurdo. Me ves otra cara, aunque mis ojos y mi voz no se te hayan despintado, me sabes un inspector federal y me supones cazando granujas en los Estados Unidos... Si supieras cuánta alegría invade mi corazón, hermano, porque te veo al cabo de tantos años y porque seas tú quien acaba de salvarme la vida... Pero tengo que seguir jugando mi papel y tú tendrá que aguantarte la incertidumbre.»

Le dieron unas friegas con alcohol, ropa seca y un coy donde tumbarse. No le hicieron apenas preguntas, le veían agotado. Solo que, aunque lo estaba, y mucho, Ryan no tenía ahora ganas de dormir. Cerró los ojos, pues, y se puso a desenredar recuerdos.

Ellos tuvieron el mismo padre, pero distintas madres. El padre, un irlandés de pura cepa, emigrado a los Estados Unidos a raíz del levantamiento del año 17, tras escaparse de una cárcel inglesa, había entrado en la policía de Nueva York, como tantos y tantos de sus compatriotas, se casó y tuvo un hijo, Theodor. Luego se le murió la esposa. El niño era aún pequeño y el cabo de policía Ryan decidió contraer nuevo matrimonio. Lo hizo con la madre de Walter, que le dio otros tres hijos, dos de ellos hembras. Theo fue desde siempre el cuidador fiel de sus hermanastros, el mentor y camarada más perfecto para el pequeño Walter. Jamás hubo dos hermanos más compenetrados...

Luego ocurrieron dos hechos por igual de malos. Theodor se alistó en la Marina al cumplir los dieciocho años y fue a parar a un crucero, con el cual tomó parte en numerosos hechos bélicos en el Pacífico, las Filipinas, Okinawa... Al terminar la guerra mundial decidió seguir los estudios en la academia naval, instado a ello por sus superiores, pues tenía una magnífica hoja de servicios. Cinco años después mandaba una fragata de guerra, con la cual fue destinado a Corea. Ascendido a teniente comandante al terminar la contienda, se casó...

Se casó con una muchacha de excelente familia y más bien alta posición social. Se llamaba Louella O'Grady y era hija de un influyente industrial, muy hermosa y llena de atractivos. Para el joven oficial de Marina, hijo de un simple sargento de la policía neoyorkina, representaba un gran paso en su promoción social, también la posibilidad de llegar, a su debido tiempo, a almirante.

Un mes después de la boda, el sargento Ryan, a quien solo

faltaban semanas para jubilarse, fue asesinado estúpidamente por un matón barato, que atacó, drogado, un supermercado donde el sargento había entrado, de paisano por estar libre de servicio, a adquirir unos comestibles. El drogadicto le disparó salvajemente, a quemarropa, cuando con toda sangre fría intentaba convencerle para que soltara su arma y se dejase detener.

Fueron dos negros acontecimientos. Sí, lo fueron. Porque Louella O'Grady era en la realidad muy diferente de lo que aparentaba en la vida social. Había gentes conocedoras de su verdadero ser, y de haber Theo investigado un poco tal vez no hubiera llegado a enamorarse como se enamoró de ella. Pero no investigó, se enamoró locamente y halló muy natural el que la encantadora hija de un tipo millonario e influyente aceptara como esposo a un oscuro teniente-comandante, hijo de un todavía más oscuro sargento de policía.

Ni siquiera después de varios meses de convivir con ella intuyó la verdad. Y luego ocurrió la catástrofe...

Él, Walter, había decidido ingresar en la policía cuando asesinaron a su padre. Para vengarlo, en cierto modo, también por vocación. Tenía completados los estudios salvo el último curso cuando ocurrió la tragedia; sus dos hermanas, mayores que él, estaban para casarse con dos hombres sencillos y honrados, su madre quedó muy abatida, enferma...

Theo se opuso a que fuera policía.

—Tienes que ingresar en la Marina. Con tus calificaciones universitarias te será fácil, yo te ayudaré, y mi suegro...

Él y su suegro... Él era un gran muchacho donde los hubiera, quería con toda su alma al hermano menor. Su suegro era un tipo duro, astuto, buen negociante, un hombre honrado dentro de lo que cabía y que amaba mucho a la única hija que Dios le dio. La amaba tanto como para mentir, engañar, ocultar, cosas que nunca debieron ocultársele a un hombre como Theo.

Y estaba Louella. Desde el primer momento puso en él los ojos. Malvada, morbosa, retorcida y astuta, cruel, amoral, debió encontrar «muy divertido» el jugar con fuego, incitar a su propio cuñado de veintidós años cuando apenas si llevaba tres meses de casada. Él, Walter Ryan, no había podido creérselo al principio, le parecía inconcebible, sencillamente. Pero pronto debió rendirse a la evidencia. Louella deseaba convertirlo en su amante, a él, el

hermano menor de su marido.

Los Ryan nunca habían tenido dinero ni posición social, pero siempre fueron honestos, consigo mismos y con los demás. Integro el padre hasta el exceso, duro, claro y contundente en sus opiniones; la madre esforzada, humilde, limpia de pensamientos y conducta, acertaron a criar hijos sanos de cuerpo y mente. Theo, tal vez como herencia de su madre, era exagerado en sus reacciones, capaz de llegar a cualquier extremo si se le presionaba debidamente, y por otra parte, muy ingenuo, muy fácil de manejar por una hábil y retorcida mujer. Louella lo era en grado sumo...

—Amor, ¿por qué no se queda tu hermano con nosotros una temporada? Tenemos que convencerle para que olvide esa absurda idea de meterse a policía. ¿Qué va a ganar con eso? Ya has visto lo ocurrido a tu padre. En cambio, podemos conseguirle algo realmente bueno...

Puesto entre la espada y la pared, Walter Ryan, pasó tres meses que jamás olvidaría en la casa de su hermano. Porque no podía irle a Theo con la historia de que su mujer era una cualquiera, una perversa sin escrúpulos, capaz de acosar al propio cuñado con toda suerte de trampas indignas y exhibiciones indecentes mientras su marido estaba fuera de la casa, y de amenazarle, si se atrevía a denunciar su conducta, con mentir y jurar que era él, precisamente, quien la buscaba y acosaba. Y porque su hermano, ciego con el amor a una esposa indigna y a un hermano menor en quien siempre confió plenamente, no era capaz de ver incluso lo más evidente, le parecía normal cualquier manifestación cariñosa de la mujer al hermano.

Fueron tres meses abominables. Y finalmente, ocurrió lo inevitable.

Alguien, uno cualquiera del círculo de amistades del matrimonio, gente toda con muy poco que hacer y mucho tiempo libre, con muchos vicios más o menos inconfesables, le encizañó el cerebro a Theo. O tal vez fuera Lea Marnell, que se había propuesto convertirse en la esposa de Walter y no conseguía «despegar» a Louella. O acaso... ¿Qué más daba? Alguien lo hizo, y bastó.

Theo les encontró en comprometida situación. Era inevitable, pues en cuanto abandonaba la casa por cualquier razón, dejándoles solos —y él, Walter, había casi agotado todos los pretextos

plausibles para no quedarse nunca solo con su cuñada— incluso estando en la casa, pero en otra parte, Louella, excitada por la permanente negativa de su joven cuñado, por sus insultos y su desprecio, se lanzaba al ataque poniendo en juego no solo sus seducciones naturales, sino todo lo que su perverso y podrido cerebro le indicaba. Les encontró, pues, en tal situación que permitía dar por seguro el odioso adulterio.

Jamás se le olvidaría, ni sin duda tampoco a Theo, aquella escena. Porque Louella realizó a la perfección la más vergonzosa y desvergonzada de las exhibiciones histriónicas, convenciendo a su enfurecido y ciego esposo de que ella era pura, inocente, una víctima infeliz, mientras su hermano menor, su querido hermano menor, se había prevalido de todas las ventajas que tenía para acorralarla y seducirla... bajo la odiosa amenaza de contarle a su marido que era ella, ¡ella, tan inocente y débil, tan enamorada de su esposo, recién casada!, la culpable única...

Era mejor no recordarlo. Theo la había creído. ¿Por qué no? Estaba recién casado, loco de amor por su mujer. Entre la esposa y el hermano... Y luego, Louella esperaba un hijo. No quiso escuchar nada, no aceptó ninguna explicación, blanco de dolor, ira, angustia, rechinando los dientes, pistola en mano, había disparado...

Solo que no podía, a pesar de todos los pesares, matar al hermano y a la esposa, pues les amaba demasiado. Y su bala salió desviada, hiriéndole a él, Walter, seriamente, pero no de muerte. Había sido él, Walter, quien superando el dolor de la herida consiguió arrebatarle la pistola, y mientras Louella corría desolada, pidiendo ayuda ante el temor de que quisiera matarla, le dijo a su enloquecido hermano mayor:

—Ha sido un accidente, me estabas enseñando la pistola. Ojalá Dios te abra los ojos, Theo...

Aquello había ocurrido hacía quince años. A él le condujeron a un hospital, la policía aceptó la historia del accidente por buena y no quiso bucear demasiado en ella, sin duda porque sabían más de lo que quisieron demostrar. Su hermano se licenció poco después de la Marina y también se divorció de Louella al cabo de cierto tiempo, después de dar ella a luz un niño prematuro que nació con malformaciones y no sobrevivió. Sin duda el informe de los médicos, tal vez cosas que fue averiguando, diéronle mejor

información sobre la mujer con la que se había casado.

Pero no quiso volver a ver a su hermano, ni por mucho que las hermanas y su madrastra le instaron a ello. Desapareció, marchó fuera de los Estados; él, Walter, que entretanto se había convertido en agente federal, pudo saber que había buscado trabajo como marino mercante en barcos con banderas de favor. Quince años...

Y ahora se encontraban en medio del estrecho de Singapur, a medianoche, en la niebla, el uno náufrago, el otro mandando el barco salvador. Las jugarretas del destino...

CAPÍTULO VI

El *Aligator*, de quince mil ochocientas toneladas, bandera panameña, destinado a carga general y pasaje, con seis mil ochocientas toneladas de carga y once pasajeros para Singapur, atracó a uno de los muelles a las nueve de la cálida mañana. Minutos después, su capitán hizo entrar en su camarote al individuo que horas antes recogiera del mar.

A la plena luz del día, los dos hombres se miraron en silencio a los ojos. Y Ryan tuvo la excitante sospecha de que su hermano recelaba la para él casi increíble verdad. Siempre estuvieron demasiado unidos...

La última vez que se vieron, Theo Ryan contaba treinta y dos años, era un hombre joven, vigoroso, casi guapo, alegre y lleno de vitalidad. Tenía delante a un hombre maduro, con el curtido rostro surcado de arrugas, más hondas en la frente, con la mitad delantera del cráneo sin cabellos y agrisados los aladares, las espaldas encorvadas, la mirada honda y triste... Una pena profunda agarrotó el corazón del inspector.

—Kinkaid, sé que usted me mintió anoche. Sospecho que navegaba en un barco contrabandista y no en un pesquero. He preguntado por ese barco del que habló y me aseguran que no podía hallarse anoche cerca del punto donde le recogimos a usted. Quiero que me diga la verdad. Si es un contrabandista, se irá del barco inmediatamente y asunto liquidado, no daré parte a la policía del puerto, no deseo molestias innecesarias. Así que a usted le toca.

Algo había en sus ojos oscuros, algo que puso en vilo a Ryan. Pero solo una cosa podía hacer. Con una mueca, se encogió de hombros y contestó con tono desgarrado:

—Usted gana, capitán. En efecto, iba en una lancha contrabandista. Todo lo demás que le dije es verdad, nos pasaron por ojo...

—No quiero conocer más detalles. Márchese.

—Como guste. Solo que... Bueno, nunca olvidaré que me

salvaron ustedes la vida.

Se miraron en silencio de nuevo. Sus ojos le traicionaban al inspector, sin duda. Porque creía estar viendo un cálido reconocimiento en los de su hermano y eso era, por diversas razones, imposible.

Fue a la puerta del camarote y la abrió. Ya salía cuando:

—Kinkaid.

Se volvió rápido. Para tropezar con aquella mirada honda, especulativa.

— ¿Sí, capitán?

—Suerte.

Le deseaba suerte. ¿Por qué? ¿Acaso porque le había reconocido? Imposible, su hermano jamás habría adoptado tal actitud...

—Gracias, capitán. Lo mismo le deseo. Buenos días.

El muelle estaba lleno de la normal animación. Pero Ryan no se entretuvo. Era un agente federal en misión, cumpliendo una tarea de lo más importante y peligrosa, no podía, bajo ningún concepto, por nada ni por nadie, olvidarlo. Sus emociones personales había que guardarlas en el hondón del pecho...

Se encaminó a uno de los innumerables establecimientos de bebidas de las calles que cercan el puerto, llegóse al mostrador y pidió una copa de ginebra a la linda camarera china cuyos ojos rasgados le sonrieron, amistosos. Luego fue al teléfono público, metió una ficha, marcó un número y habló:

—Kinkaid... Anoche nos pasaron por ojo, me salvé de milagro...

Media hora después estaba delante de un chino grueso, de cara apacible y enigmática, haciendo el relato de lo sucedido.

—Si no me hubieran encontrado y recogido los del *Aligator*, a estas horas estaría en la panza de algún tiburón. Ni siquiera sé cómo no me atrapó uno.

El chino aquel le hizo unas cuantas preguntas. Luego le ordenó irse a descansar.

—No salga de su alojamiento hasta que se le llame...

No saldría. No era tan estúpido. Ciertamente, el abordaje ocurrió después que el cargamento de opio fue trasbordado al barco, pero ahora Yang debía realizar su propia investigación de lo sucedido, y hasta que no lo hiciera, él se encontraba en entredicho. Cualquier

movimiento suyo en dirección indebida podría costarle el fracaso de su misión... la vida.

Tenía una habitación vulgar y corriente en un hotelucho barato, en Son Tong Road, a corta distancia del puerto. Se tumbó en la dura cama y se puso a beber café negro a sorbos mientras fumaba su pipa. Entonces sus pensamientos volvieron a su hermano.

En todo el día no hubo novedades. Se hizo subir la comida, que devoró con apetito. Aquel hotelucho parecía impregnado con el olor del opio, cosa nada extraña, porque había un fumadero en sus sótanos y la mitad de sus clientes lo fumaban. Para matar el rato, y manteniéndose en el pellejo del verdadero Kinkaid, consciente de que todo cuanto hiciese sería convenientemente anotado e informado, bebió, aparentemente, una gran cantidad de ginebra. Solo que era agua, o hielo, en sus tres cuartas partes.

Al anoecer, le llegó el aviso que esperaba.

—Ve al fumadero de Fu-Loong.

El fumadero de Fu-Loong estaba en un edificio de la Grayhill Street, no a demasiada distancia del antiguo cuartel de St. Edwards, donde antaño los bizarros soldados de Su Graciosa Majestad pasaban su tiempo de guarnición tomando incontables tazas de té y añorando a la vieja Inglaterra... sin perjuicio de coger en cuanto salían de allí tremendas borracheras en cualquier taberna de los alrededores del cuartel. Ahora el cuartel estaba ocupado por la policía de Singapur. Y no era raro encontrar agentes de uniforme tumbados por las habitaciones del negocio de Fu-Loong, fumándose plácidamente su pipa.

El intenso olor dulzón de la droga provocaba náuseas. Docenas de hombres y mujeres, abstraídos en sus personales nirvanas o simplemente anonadados, yacían en los camastros, o sentados en el suelo, espalda contra las paredes sucias. Un silencio punteado por rumores, más que ruidos, agobiaba...

Un hombre alto, un chino de ojos duros, joven, recibió a Ryan en una de aquellas habitaciones.

—Ven conmigo.

Ryan sabía que hacer preguntas era peligroso. Siguió al chino y tomó buena nota de todos los detalles de su paso por un laberinto de habitaciones y pasillos impregnados del maldito olor del opio. De repente, se encontró en un oscuro callejón. Allí esperaba un

automóvil.

—Sube.

Había otro hombre dentro, pero imposible verle la cara. Ryan estaba en completa tensión. Porque aquello bien podía terminar con un par de yataganes malayos entre sus costillas y su cuerpo flotando en las aguas de cualquier canal olvidado.

El automóvil arrancó despacio. Salió a una calle concurrida... pero Ryan nada pudo ver, pues había unas cortinillas negras convenientemente sujetas a la parte interior de los cristales y otra impidiéndole ver al conductor y la calle.

— ¿Puedo fumar?

—Puede.

La luz del mechero de gas le mostró una cara difícilmente olvidable, la de un chino de edad indefinible, vestido correctamente a la moda occidental, un traje oscuro. Aquel chino tenía ojos como puntas de diamante negro y un simple corte cárdeno en lugar de labios.

—Explíqueme con todo detalle lo ocurrido anoche, por favor.

De modo que no se fiaban de él... Ryan habló con parsimonia, sabiendo lo que podía costarle el menor fallo. O les convencía de su veracidad, o estaba listo...

Finalmente, el coche se detuvo Y las portezuelas se abrieron.

—Baje.

Estaban en el frondoso parque de una suntuosa mansión, como las que poseen los potentados chinos de Singapur en los alrededores de la ciudad. Ryan sintió una premonición que le erizó de excitación la nuca.

—Sígame.

El chino de edad indefinible fue derecho a la casa.

Había hombres en el parque, hombres armados, también feroces perros de una raza que antaño emplearon los emperadores chinos para cazar el tigre en las montañas, a la pantera en las llanuras. Animales capaces de despedazar a un hombre en diez minutos.

El interior de aquella mansión quitaba el aliento. Allí había verdadera riqueza, pero como solo en el Oriente se puede encontrar. Un arte exquisito, antiguo, pesado, magnífico... Estaba, sin duda, en la casa del poderoso Yeng, el rey de los traficantes del opio de Singapur. Había dado, inesperadamente, un paso de gigante en su

misión.

El guía le dejó solo en una maravillosa habitación, a la que daban otras dos puertas, todas cerradas. Había un par de luces en espléndidas lámparas antiguas. Ryan fumó despacio, poniendo la expresión exacta del aventurero occidental metido de pronto en un verdadero palacio de potentado del Oriente y que no sabe con exactitud para qué le han traído allí, si para premiarle o castigarle. Husmeó de un lado para otro, examinó algunas piezas relevantes... seguro de que ojos sumamente atentos vigilaban cada uno de sus gestos y reacciones.

Tardaron media hora en venir por él. Esperaban, sin duda, ponerle nervioso. Era el mismo chino de antes, que con seco ademán le indicó que le siguiera.

Poco después, lo introducía en otra habitación, totalmente en penumbra, excepto una luz verdosa, espectral, situada encima de una hermosa e incómoda silla de exquisita labor. Una voz profunda, con un inglés perfecto, pero evidentemente no un nativo, por ciertas leves inflexiones, le ordenó desde la sombra del fondo:

—Siéntese, señor Kinkaid.

Estaba delante del poderoso y misterioso Yeng.

Obedeciendo, Ryan quedó bajo la luz verdosa. No le molestaba a la vista, pero le dejaba ciego para todo cuando tenía más allá de su resplandor. Y cada una de sus reacciones faciales sería plenamente notada por su interlocutor.

Una pausa de silencio, luego sonó de nuevo la voz:

—Usted sabe ya dónde se encuentra, ¿verdad?

Sabía que su vida dependía de contestar adecuadamente a cada pregunta que se le hiciera.

—Se escuchan muchas leyendas en los muelles. Una habla del poderoso Yeng y su modo de recibir a las visitas.

—Ya. Es usted hombre de nervios de acero. Y de una extraordinaria buena fortuna. Hemos comprobado su relato de anoche, es totalmente verídico.

—Me complace mucho que me lo diga, poderoso Yeng.

—Una estúpida falla de seguridad. El barco que les abordó era uno de los míos, precisamente; creyeron estar pasando por ojo a una lancha guardacostas. Pero hay un pequeño detalle... A esa hora usted no tenía la guardia. Sin embargo, es el único que se salvó.

Yeng no dejaba pasar detalle... Impasible, Ryan asintió:

—Es así. Un hombre llamado Kwai-Lu tenía aquella guardia, estaba en la proa, como debía. Pero yo me sentí inquieto, sin saber por qué. Tengo a veces premoniciones de peligro, me han servido de mucho. Anoche la sentí, por eso no me quedé en la cabina con los otros. Había mucha niebla, ese barco surgió de entre ella inesperadamente, el vigía y yo lo vimos a un tiempo. De manera instintiva, salté hacia la banda de babor y me eché al agua, cuando ya lo teníamos encima. Golpeó a la lancha por la parte de proa, la sacó del agua, la volcó y la hizo girar hasta que chocó contra su propio casco, siguió adelante y volvió a perderse en la niebla. Eso fue todo, duró apenas dos minutos.

—Un excelente relato, que aclara ese pequeño detalle...

Y una pausa sabiamente medida, para ponerlo más en vilo. Luego:

—He examinado cuidadosamente su dossier, Kinkaid. Todo, desde un principio. Es usted hombre poco común... No había dado toda su medida en los Estados Unidos. ¿Por qué?

—Tal vez porque no supieron emplearme.

—Es posible... Sin embargo, usted, allí, cometió muchos errores, no superaba la media habitual de rendimiento. Luego de ese viaje suyo con la droga a la Baja California cambió de pronto. Se volvió eficiente, astuto, audaz... con el único fallo, muy grande por cierto, de asesinar a aquel policía de carreteras.

—No tuve más remedio. El tipo aquel me conocía y sabía muy bien quién era, a qué me dedicaba. No olvide que llevaba encima cincuenta mil dólares en droga.

—Aun así, fue un error. Típico error norteamericano... Ustedes tienen demasiada propensión a apretar el gatillo, Kinkaid... Pero su huida, con todo el F. B. I. pisándole los talones, fue impecable, inesperadamente perfecta, tratándose de un hombre como usted parecía ser. ¿Por qué?

—Llevaba diez años metido en este negocio, usted lo sabe. Tres condenas, un montón de trabajos de poca monta... Soy ambicioso, me sé capacitado para mucho más de lo que he hecho, pero también aprendí a ser prudente y esperar mi oportunidad. Mientras, fui aprendiendo, asimilando experiencia, propia y ajena. No se presentó la oportunidad. Me habían encasillado, para algunos yo solo era un

tipo de poca valía... Eso me llevó a veces a cometer errores, estaba furioso, cansado. Luego, cuando maté a ese policía, me di cuenta de que acababa de hacer como el español que conquistó México, uno que se llamaba... Caramba, ahora no lo recuerdo, escuché su historia una vez...

—Cortés. Quemó sus naves.

—Exacto. Bueno, pues tenía que darlo todo, o estaba listo, así que lo di.

Ryan estaba usando la voz, el tono, los ademanes... todo, como pudiera haberlo hecho el verdadero Kinkaid. Poniendo los cinco sentidos en su representación, a sabiendas de que estaba en el mismísimo filo de la navaja. Hizo, pues, su relato adecuadamente. Y luego se calló, esperando.

La voz de Yeng sonó de nuevo:

— ¿Siempre ha tenido tanta suerte, Kinkaid?

Cuidado, Ryan. Cuidado...

—No, poderoso Yeng. La verdad es que nunca tuve demasiada. No hasta que liquidé a ese policía. Es como si él me la hubiera traído.

—Ya... Pero ahora la tiene. Mucha, una suerte constante y evidente. Anoche usted debió perecer. El abordaje, o los tiburones, la niebla... todo estaba contra sus probabilidades de salvarse, pero se salvó. Siempre me han interesado mucho los hombres con suerte evidente. Kinkaid, dice que está ansioso por progresar. ¿Es así?

Había llegado el momento crucial.

—Sí, poderoso Yeng.

—Bien, pues va a tener esa oportunidad. Esta misma noche embarcará de nuevo, como simple marinero. Cuando salga de aquí, recogerá sus cosas y comunicará a sus amigos ocasionales que se enroló en un barco. Tomará un trago en el *Kangaroo Tail*, ¿sabe dónde es?

Uno de los más famosos antros de la ciudad. Ryan asintió.

—Dejará su petate a su lado, en el suelo. Alguien llegará y ocupará un lugar a su derecha, ese alguien llevará otro petate parecido al suyo. Usted no parecerá fijarse en el tipo, ni siquiera más de una mirada casual. Luego él recogerá su petate y se marchará. Entonces usted coge el que quede y vaya al barco. No le registrarán, el guarda es uno de mis hombres. Una vez a bordo,

alguien estará esperándole para indicarle su alojamiento y demás. Esa persona recogerá un paquete del petate que usted suba a bordo. Cinco kilos de heroína, no lo olvide. Cincuenta mil dólares, aquí; doscientos mil en Estados Unidos.

Ryan asintió. Le costaba trabajo dominar debidamente su exultación.

—Descuide, no lo olvidaré.

—Eso será solo una parte, la primera, de su nuevo trabajo. Recibirá instrucciones a bordo, durante el viaje. El barco en que irá, se encamina a Panamá, pero usted no llegará allí. Su misión va a consistir en transportar diez kilos de heroína refinada a Ciudad México, donde se hará cargo de ella la persona que debe introducirla en los Estados Unidos. No necesito remarcarle la importancia de su trabajo. Si lo realiza con la debida eficacia y bien, percibirá dos mil dólares, y solo será el comienzo de su fortuna. Si falla, por alguna razón... será muy desagradable para todos.

No necesitaba decirlo. Ryan hizo una mueca y asintió:

—No fallaré, poderoso Yeng.

—Eso espero. Bien, ahora tiene que marcharse. Conoce al buque en que se va a enrolar, es el mismo que lo encontró y salvó.

CAPÍTULO VII

El *Aligator* tenía todas sus luces encendidas. Los taxis llevaban a unos viajeros rezagados. La vigilancia de los muelles era la habitual y cuando Ryan se acercó al barco nadie le salió al paso. Un miembro del servicio de Aduanas montaba guardia delante de la pasarela y le miró con fijeza al acercársele. Ryan llevaba a la espalda el típico saco marinero, con sus escasas pertenencias personales, y en la mano una vulgar bolsa de viaje, de lona plástica. Dentro de aquella bolsa, así de tranquilo, iban cinco kilos de heroína refinada en los laboratorios de Yeng.

Los ojos del oficial de aduanas chino estaban fijos en Ryan. Sobre cubierta había a la sazón varios pasajeros, un par de tripulantes y uno de los oficiales, el tercero, del barco. No se veía al capitán. Ryan avanzó pausado y sostuvo la mirada del policía de aduanas, luego esbozó una dura sonrisa. El guardia siguió mirándole, impassible. Y no le detuvo.

Había otro oficial de aduanas arriba, junto a la pasarela. Acababa de registrar a un matrimonio de edad mediana, pasajeros del barco. Ryan llegó y se dirigió al joven oficial, que le miraba con fijeza, así como los dos marineros cercanos, estos un tanto sorprendidos.

—Buenas noches, señor. Me llamo Kinkaid, me envían de la oficina de la compañía. Aquí está mi libreta.

Había dejado su saco sobre cubierta y sacó y tendió con naturalidad la libreta de enrolamiento que poco antes acababan de entregarle, perfectamente en orden, con una nota indicadora de que su último enrolamiento había sido en el pesquero cuyo nombre diera al ser salvado la noche anterior por aquellos mismos hombres que ahora le miraban venir a ocupar desenfadadamente un puesto en el barco. El oficial cogió la libreta con poca prisa, la abrió y le echó una ojeada, devolviéndosela. Había cierta frialdad en su voz al decirle:

—Muy bien, Kinkaid. Tendrá que ver al segundo de a bordo.

—Sí, señor.

—Un momento —intervino el de las aduanas—. A ver sus cosas, marinero

Ryan respiró hondo. Luego, con una serenidad total, abrió su saco de equipaje, dejando para ello la bolsa de mano sobre cubierta. El oficial de aduanas metió las manos y removió a conciencia su contenido, sacando algunas cosas para examinarlas a la luz. Luego, sin molestarse en colocarlo como estaba, echó mano a la bolsa y la abrió. Tanto el oficial como los demás contemplaban la escena desde corta distancia, impasibles, atentos.

Ryan tenía todos sus nervios en tensión. Se agachó a colocar sus cosas dentro del saco de viaje. Los diez segundos siguientes eran decisivos...

El de aduanas metió mano en la bolsa y pareció remover su contenido. Luego la cerró y la dejó en el piso. Impasible, dijo, mirándole a los ojos:

—Listo. Pero lleva whisky de importación, una botella sin destapar. Es ilegal, ¿no lo sabía?

—Eso tiene arreglo, oficial. La voy a destapar muy pronto...

Un hombre alto, de cabellos claros y ojos grises, le cerró el paso apenas hubo entrado un poco en cubierta. Era el segundo de a bordo y se habían visto muy bien la noche anterior, ya que él dirigió su salvamento. Ahora le habló con gesto impasible:

—Hola, Kinkaid. Buena sorpresa, verle de nuevo aquí,

—Necesitaba trabajo, así que fui a buscarlo. Y cuando me dijeron que ustedes necesitaban un marinero pensé que en ningún otro barco estaría mejor. A la postre, ya me había hartado de Singapur. Tome, mi libreta.

El segundo de a bordo apenas si la miró. Al devolvérsela, le indicó, seco:

—Venga. El capitán también va a sorprenderse al saber quién nos mandan.

Los nervios de Ryan estaban tirantes cuando entró en el camarote de su hermano. Pero este no pareció demasiado sorprendido, o si lo estaba no quiso demostrarlo. Apenas un fruncimiento de cejas. Ryan se dijo que su hermano parecía sobre aviso. ¿Por qué? Le conocía como a sí mismo, en quince años no

pudo cambiar. ¿Qué diablos estaba ocurriendo? ¿Y por qué aún nadie le había reclamado la morfina? ¿Sería posible que...?

—De modo que se las ha arreglado para volver aquí, Kinkaid... ¿Cómo lo consiguió?

La misma voz dura, seca, fría, dominadora y aislante, como hablaría un comandante de nave de guerra a un marinero poco de su agrado. Ryan respiró hondo y repitió su cuento, mientras comenzaba a sentir dolor en la boca del estómago.

—Ya... Bonita coincidencia... Howard, déjenos solos. Vaya ordenando la maniobra.

El primer oficial saludó y salió. Al quedar solos, Theo se levantó y se plantó delante de su hermano menor mirándole a los ojos con aquella intensa fijeza que a Walter le llevaba a sospechar que su hermano, a pesar de todo, le había reconocido. Una mirada honda, especulativa...

—Esta mañana yo ignoraba para quién trabajaba usted en realidad, Kinkaid. Bien, creo que trajo algo que debo guardar.

Era él... Su propio hermano Theo, metido hasta el cuello en el negocio de las drogas... La amargura reventó en la boca del inspector Ryan y le llenó la sangre, produciéndole retortijones en el estómago y un agudo dolor en el corazón. Su hermano... uno de aquellos criminales contra quienes venía luchando a muerte desde hacía más de doce años...

No permitió que su rostro denunciara lo que le sucedía. Pero le costó un tremendo esfuerzo, y aun así, no estaba demasiado seguro de haber conseguido ocultarlo del todo. Su voz tenía una nota metálica cuando contestó:

—Sí, señor.

Luego se agachó adrede a sacar el paquete de droga del interior de la bolsa. Necesitaba unos segundos, bastantes, para superar la conmoción y recuperar la sangre fría.

Cuando de nuevo se alzó, era ya el duro, inquebrantable, inspector jefe Ryan. Y había reflejos de acero en sus pupilas. Tendió el paquete a su hermano mayor con manos firmes, mirándole fijo

—Creo que se refiere a esto.

Su hermano cogió aquel paquete que le quemaba ahora las manos y asintió.

—Sí. Busque al contramaestre, él le dará su alojamiento.

—Sí, señor.

—Un momento.

Ryan detuvo su movimiento hacia la puerta y volvió la cabeza, interrogativo. Su hermano había dejado sobre la mesa el paquete y añadió:

—Llevamos a bordo a un agente especial de la Interpol, un especialista en narcóticos. Aún ignoro su identidad y no quiero que nadie cometa errores, ni el más mínimo, ¿entendido? Desde este momento usted es uno más entre los hombres de mi tripulación, trabajará tan duro como ellos, se mostrará el más disciplinado y por ningún concepto, en ningún momento ni ocasión, hará o dirá nada que pueda despertar sospechas. ¿Está claro?

Le hablaba como un oficial de la marina de guerra a un inferior. Él, que ahora se dedicaba al contrabando de narcóticos... Ryan asintió, proyectando la mandíbula:

—Del todo claro, señor. No tendrá ninguna queja de mí.

—Mejor para todos. Ahora salga y busque al contraamaestre.

Cargado con su saco de viaje y con la maldita bolsa de plástico, que ahora solo contenía la botella de whisky, Ryan salió de aquel camarote con la amargura envolviéndolo en oleadas. Ya fuera, al aire libre, mientras el barco realizaba las maniobras preliminares de desatraque, dejó caer saco y bolsa, sacó su cachimba y la atacó lentamente con tabaco, encendiéndola. Su hermano Theo un contrabandista de droga...

Tenía que afrontarlo. Y dominar sus sentimientos, sus emociones. Era un oficial de policía metido de lleno en una misión de suma importancia, que costó mucho, en todos sentidos, preparar. Hasta ahora todo le había ido condenadamente bien, en adelante debería irle condenadamente mal... porque al final debería llevar a presidio a su propio hermano, el ser a quien quería más en el mundo después de su madre.

¿Qué cosas habrían conducido a Theo hasta meterse en el negocio de las drogas, él, que fue siempre honrado y sensato a remachamartillo, él, que abominaba de los delincuentes, a quien un traficante de droga, drogadicto además, había asesinado al padre? ¿Acaso... el hecho de que su hermano menor, al que creía amante de su propia esposa, era un agente del Departamento de Narcóticos? ¡Cuánto daño puede causar una mala mujer! ¡Cuánto había causado

Louella, y qué grande era la cuenta a pasarle, algún día...!

Tenía que reaccionar, rápido, enseguida. Theo le había comunicado la presencia a bordo de otro agente de la Interpol, otro experto en Narcóticos. ¿O... acaso se refería a él mismo, sin sospechar que se trataba de su propio hermano? Yeng... Los malditos orientales eran refinadamente crueles en sus métodos. Si Yeng había descubierto su verdadera identidad, hacerle embarcar en el *Aligator* para que su propio hermano diera la orden de asesinarlo, echando su cadáver a los peces, resultaría un golpe de maestro, de acuerdo con la psicología oriental.

Vio llegar a un hombre fornido, de mediana edad, con facciones brutales y gorra echada hacia una oreja, el contraмаestre, y se puso en guardia de inmediato. El contraмаestre lo interpeló con seca rudeza:

—De modo que se consiguió precisamente un puesto aquí... Andando, coja sus cosas y sígame. Hay mucha tarea a bordo de este barco y al capitán no le agradan los ociosos, veremos qué sabe hacer.

Probablemente, nadie a bordo le creía un simple pacífico pescador. No importaba, con eso ya contó. Contó con todo... menos con que su hermano fuera el destinatario de aquel envío de heroína...

Quince minutos más tarde estaba echando una mano en las faenas del desatraque. El primer oficial, con un megáfono, las dirigía siguiendo las órdenes de su hermano, plantado a su lado y atento a la maniobra. Un par de veces, Ryan le vio mirar en su dirección. ¿Sospecharía su hermano la insólita verdad?

También los pasajeros estaban apiñados a la borda de la cubierta superior, contemplando la maniobra. En el muelle había algunos, bastantes, desocupados y curiosos. Entre ellos, Ryan descubrió a dos personajes; el chino de cara como una manzana vieja y ojos cual diamantes negros... y el agente de enlace al que a duras penas pudo darle el aviso de su brusco cambio de tarea. Ahora aquel agente, en apariencia un «rata de muelle» astroso y sucio, informaría de lo sucedido y pronto, muy pronto, aquella misma noche, en Washington sabrían que él acababa de dar un gran paso en su misión.

También descubrirían que el capitán del buque en el que iba

enrolado como marinero era su propio hermano. Lo que pudieran pensar de aquello sus superiores él, Walter Ryan, no lo podía saber.

Poco a poco, el *Aligator* se separó del muelle, viró apuntando su proa a la bocana del puerto y comenzó a cobrar velocidad mientras sus máquinas lo sacudían con rítmico y sordo movimiento. Era un barco bastante bueno, con doce años de edad y una velocidad de crucero de doce a catorce nudos hora. Escalas de ruta, Manila, Taipeh, Yokohama, Honolulu, Manzanillo... ocho mil quinientas millas de singladuras a través del Mar de la China y el Pacífico, seis semanas casi. ¿Cuántas cosas podrían suceder en seis semanas? Carga general, pasaje de turismo y al menos diez kilos de heroína refinada en la caja fuerte del camarote del capitán, dos agentes de policía especialistas en lucha contra los traficantes de narcóticos a bordo, uno de los cuales era nada menos que hermano del capitán del barco...

Todo un hermoso y placentero viaje.

CAPÍTULO VIII

Manila ya había quedado atrás. También Taipeh. Ahora, el *Aligator* navegaba por un mar tranquilo y color verdinegroazulado con rumbo nordeste. En Manila se descargaron ochocientas toneladas de mercaderías y cinco pasajeros, embarcándose seiscientos catorce y nueve pasajeros. En Taipeh, las mercancías descargadas fueron doscientas nueve toneladas, los pasajeros ocho, seis de ellos de los subidos en Manila. Se estibaron ciento noventa toneladas de carga general y subieron a bordo once nuevos pasajeros.

Había habido una reyerta a bordo, entre un marinero negro llamado Hal Woolton y otro italiano que atendía por Mancini. Una pelea estúpida, por una nadería. Woolton recibió una seria cuchillada y le abrió el cráneo a Mancini con un bichero. Se procuró ocultárselo al pasaje, porque tales asuntos redundan en desprestigio de la compañía naviera. Los dos peleadores fueron desembarcados en Taipeh de modo discreto, metidos en una ambulancia y consignados al hospital. Luego pasarían una corta temporada en la cárcel y serían rápidamente expulsados. Al ser de bandera panameña el barco, las autoridades de Taiwan iban a tomarse poquísimos intereses en el asunto.

Treinta y cuatro marineros y engrasadores, tres oficiales de cubierta y tres de máquinas, dos cocineros, uno para el personal, otro para el pasaje y los oficiales, dos camareros japoneses que parecían hermanos gemelos. Veintidós pasajeros, de ellos dieciséis blancos, los otros orientales. Una mujer japonesa y ocho blancas, de estas cinco casadas y francamente fuera de circulación, así como dos de las solteras. De los hombres, los casados se parecían a sus mujeres, uno de los solteros podía ser cualquier cosa, otro se decía como comerciante en artículos orientales e importador de ellos en Europa y Estados Unidos, el tercero afirmaba, y así aparecía en el

rol de pasaje, ser un funcionario retirado del Gobierno canadiense, en viaje de placer alrededor del mundo. Los orientales eran comerciantes, un japonés, dos chinos, un filipino; podían ser casi cualquier cosa...

Walter Ryan se secó el sudor de la cara con el dorso de la sucia mano y respiró hondo. Había tenido un par de horas de rudo trabajo de cubierta, ahora descansaba. Junto a él lo hacían otros tres marineros. En los diez días que llevaba a bordo —este era el onceavo— había intimado algo con media docena de sus compañeros de tareas, poco con otros tantos y nada con los demás. Aquella gente recelaba de él, o bien le tenían por un contrabandista, o cosa peor. No le importaba. Había sabido hacerse respetar sin necesidad de recurrir a la violencia. Los oficiales ya iban tratándole mejor, porque trabajaba duro y nunca protestaba de nada. El contraмаestre continuaba teniéndole ojeriza. Por lo demás, el viaje se deslizaba normalmente tocante a ello.

No había vuelto a tener una entrevista a solas con su hermano. Parecía evitarlo y tal vez eso se debiera a su deseo de mantener la situación tal y como le dijo. O tal vez a otra cosa... En público, varias veces le interpeló, tan autoritario e impersonal como a los demás. Cuando la reyerta de aquel par de perros locos, pudo verle dominar a aquellos hombres duros y peligrosos con una técnica aprendida en la Marina de Guerra. Era su hermano Theo, en tal aspecto. Si no hubiera sido por lo otro...

Se le había presentado un inesperado problema. Inesperado, hasta cierto punto. Además, introducía una nota excitante en la ya de por sí extraordinaria situación.

— ¡Kinkaid!

Era el contraмаestre. La tenía tomada con él, trataba de pincharle para que saltase. Ryan no acababa de saber si se trataba de inquina personal o seguía órdenes, pero no se dejaba coger en nada. Ahora se levantó y gruñó:

— ¡Sí! ¿Qué pasa?

— ¡Ya descansó bastante! ¡Suba a la cubierta de pasaje y bruña los pasamanos metálicos, están hechos un asco!

Tarea de grumete, pero no iba a sacarlo de sus casillas. Uno de los otros marineros hizo un comentario irónico. Algunos estaban esperando también a que saltara. No les daría el gusto...

En la cubierta de pasaje, los pasajeros se solazaban de diversos modos. No estaban todos allí, un par de las mujeres andaban acostadas, con achaques diversos, y uno de los hombres debía andar con su «resaca» alcohólica habitual. La mayoría semejaban dormir como marmotas al amparo de los toldos extendidos para protegerles del pegajoso sol tropical, alguno fumaba con la mirada perdida en el horizonte, por donde estaba cruzando, a lo lejos, un carguero hacia el Sur, otros charlaban y tomaban bebidas frescas, también alcohólicas en su mayoría, que el camarero iba trayéndoles...

A él no parecieron hacerle demasiado caso los hombres. Las viejas —lo eran casi todas—, sí se lo hicieron, admirando desvergonzadamente su torso musculoso apenas velado por la sucia camiseta. Con sus revueltos cabellos cobrizos escapándosele por debajo de la gorra, un cubo de goma, paños y un bote de líquido abrillantador de metales, el inspector se dio a limpiar y bruñir...

Había clasificado a toda aquella gente. Solo, cinco personas, tres hombres y dos mujeres, le parecían sospechosos y de ellos se inclinaba a descartar a tres. Estaba casi seguro de que el funcionario retirado canadiense era bien un avezado policía, bien un no menos avezado delincuente de altos vuelos. Pequeños detalles, el hecho de que viajara hasta Panamá...

La mujer que le preocupaba se le acercó cuando no llevaba ni diez minutos de tarea

Era francamente guapa, pero con esa clase de belleza que a un hombre solo despierta ideas muy concretas. Andaría por los treinta y muchos, llevábalos estupendamente y a cualquier varón bien constituido le habría hecho la boca agua. Se llamaba, según su pasaporte y afirmaciones, Ilona Matescu, aseguraba ser de origen rumano con fuerte mezcla de griego e hija de un diplomático en su día fusilado por los comunistas. Podía ser...

Ahora se le acercó con una sonrisa de loba en celo y una mirada capaz de hacer tambalear cualquier buen propósito. Llevaba un cigarrillo emboquillado en la diestra y le pidió, con un inglés ligeramente —deliberadamente— incorrecto que en ella era otro aliciente afrodisíaco:

—Hola, marinero. ¿Me da fuego?

Ryan puso cara de palo, sacó cerillas y rascó una, encendiéndole el cigarrillo. Mientras lo hacía, ella se lo comía literalmente con los

ojos. Y él, por el rabillo del ojo, estaba advirtiéndolo cómo tres de las viejas, el aparentemente soñoliento funcionario retirado canadiense y el segundo oficial, no les quitaban ojo.

La rumana expelió deliberadamente el humo hacia su cara, muy despacio. Luego susurró:

—Me encantan los olores fuertes, masculinos. Sudor y grasa...

—Hay gustos para todo —repuso seco Ryan y volvió a su trabajo.

Pero la hermosa e insinuante mujer no se inmutó.

—Y hombres que saben hacerse valer, ¿verdad, marinero? Una excelente táctica cuando se es tan viril, tan atractivo, en un barco donde solo hay viejos.

—Abajo hay hombres jóvenes De todos los pelajes, algunos muy fuertes. Si se da un paseo por el sollado lo comprobará, y tal vez le calmen las inquietudes entre todos.

—Brutal. ¿Espera que me sienta ofendida?

—Lo dudo mucho. Pero no deseo tener problemas. Soy un marinero, usted una pasajera y nos está mirando el segundo oficial.

Ella miró hacia el oficial y esbozó una sonrisa demoledoramente cínica.

—No me diga que es por eso. Miedo a un castigo...

—Digamos que soy hombre prudente.

—Demasiado. ¿Recuerda el número de mi camarote?

—Creo que lo olvidé.

—El once. A la entrada, el primero a la izquierda, no tiene pérdida. Y para usted su puerta no tendrá echada la llave, marinero... Recuérdelo cuando ya no resista más. La puerta abierta...

Se alejó con su andar sensual y fue a tenderse en una de las hamacas extensibles, casi dándole la espalda, fumando...

El segundo oficial llegó enseguida. Era joven, larguirucho, desgarrado, pecos, narizón y falto de todo atractivo para una mujer como la rumana. Para cualquier mujer vulgar y corriente. Llevaba por lo visto mucho tiempo intentando «ligar» con ella con tanto éxito como lo tendría para volar un escarabajo pelotero y eso le provocaba sin duda una fuerte irritación contra Ryan. Ahora le habló con acidez prepotente.

—Tenga mucho cuidado, Kinkaid. Está prohibido hablar con el

pasaje y más todavía intimar con él.

—Sí, señor. Pero tenemos el deber de mostrarnos corteses con los pasajeros si nos abordan con preguntas. Eso se me dijo al embarcarme.

— ¿Quiere decir que ha sido la señora Matescu quien inició la conversación?

—Usted mismo ha podido verlo, señor.

— ¿Qué le quería?

—Primero, fuego para su cigarrillo. Después, información.

— ¿Qué clase de información?

—Sobre el mejor modo de no aburrirse a bordo de este barco. Le contesté que posiblemente eso podría decírselo cualquier oficial mejor que yo.

El oficial se lo quedó mirando de hito en hito. Luego gruñó:

—Procure no ir demasiado lejos en su insolencia, Kinkaid. Le costaría caro.

Tras de lo cual dio media vuelta y le dejó solo. Era lo que le faltaba, un cretino como aquel poniéndose celoso...

No mucho después vio llegar a su hermano, como de costumbre en él con las manos a la espalda, y al parecer, inspeccionando las tareas de sus hombres. Theo cambió alguna que otra frase fríamente cortés con pasajeros, con la propia Matescu, con el segundo oficial... y finalmente se le acercó. El inspector se mantuvo impassible, con la procesión bailándole por dentro, mientras sentía sobre sí la mirada penetrante y pensativa de su hermano mayor.

—Kinkaid...

Irguiéndose, Ryan afrontó a su hermano. Y otra vez creyó que sus ojos le decían: «Te he descubierto tras esa máscara de piel, Walter. Y me imagino lo que estás haciendo en mi barco. Ahora ya sabes que soy un contrabandista de drogas. ¿Me vas a detener?»

—Sí, señor.

—Esa mujer le está buscando las vueltas, ¿verdad?

—Sí.

— ¿Le ha pedido que vaya a su camarote, acaso?

—Eso hizo.

—Vaya.

Ryan respiró hondo. ¿A quién estaba realmente hablando su hermano, a quién ponía una trampa bien cebada?

— ¿He de hacerlo, a cualquier riesgo?

—Procurando no correr riesgos. Seguimos sin saber exactamente quién es el agente policial que está a bordo. Esa mujer puede... y no puede serlo. Tal vez solo se trate de una ninfómana aburrida. Compruébelo.

— ¿Y... si fuera el agente que sospechamos?

—Usted ya sabe cómo se actúa en esos casos. Llevamos un valioso cargamento que ha de ser entregado en destino a cualquier precio. Yo me encargo de eliminarle dificultades, haga lo que le he dicho y luego infórmeme. Y tenga mucho cuidado, no es especialmente bien visto entre sus compañeros de tripulación.

—Lo sé.

—Pues no se confíe. A bordo hay hombres que no vacilarán en meterle un cuchillo entre los omóplatos si alguien les paga buen dinero por hacerlo.

Sin más, pasó de largo. Para cualquiera que hubiese estado observándoles se había tratado de una de tantas conversaciones entre capitán y marinero. Ryan se volvió a mirarle alejarse y lo hizo con un gesto que podía significar cierto resquemor por haber recibido un rapapolvo...

Se estaba preguntando por qué su hermano había creído convenientemente advertir al marinero Kinkaid, al contrabandista de drogas Kinkaid, que a bordo había gentes decididas a asesinarlo a poco que se descuidara.

A mediodía, después del rancho, el contramaestre le comunicó que tenía guardia. La segunda. Como la había tenido dos noches atrás, Kinkaid protestó, ganándose una ruda advertencia.

—Si no te gusta, quéjate al capitán, él lo ha ordenado en persona. Así puede que se te quiten las ganas de hacer el donjuán con las pasajeras.

Hizo la guardia, que terminaba exactamente a las dos de la madrugada. Era una noche tranquila y hermosa, muy estrellada. Sobre las doce y media, mientras fumaba su pipa, vio acercársele a la Matescu. Lucía un atuendo muy personal y sugestivo. Como estaba mirándoles el oficial de guardia en el puente y aquel no era lugar muy adecuado para los pasajeros, la mujer no se detuvo esta vez sino apenas un instante, a mirarlo con sus ojos invitadores y dejarle percibir el sensual perfume de que parecía ir impregnada.

—Recuérdelo, marinero. Mi puerta siempre estará abierta...

—Es posible que vaya a comprobarlo. Y si sus hechos son como sus palabras.

Ella pareció sorprenderse por su respuesta. Pero rápidamente abrió una espléndida sonrisa.

—Adelante, marinero. Le estaré esperando...

Luego se alejó sin volver la cabeza. Pero Ryan descubrió al menos a tres personas pendientes de aquel brevísimo intercambio verbal.

CAPÍTULO IX

El barco estaba navegando perezosamente a lo largo de las Ryu Kiu en un mar de aceite y bajo una neblina que apagaba la lejana luz de las estrellas. El silencio de la madrugada quedaba remarcado por los cien ruidos corrientes de un barco en plena navegación.

Silencio y soledad absolutos bajo la mortecina luz de las bombillas poco limpias. Rápido, salió al pasillo. Luego avanzó veloz, descalzo, por sobre las maderas pulidas y ligeramente húmedas, saliendo a la cubierta de pasaje sin novedad.

Nadie a la vista. El marinero de guardia no tenía por qué subir allí y el oficial estaría en su camarote, o en el puente, con el timonel. Todo el mundo, razonablemente, dormiría, pues eran las cinco de la madrugada.

A veces, una tarea peligrosa tenía su compensación agradable. A él le había tocado, en la persona de la Matescu. Una extraordinaria mujer, en muchos sentidos...

No estaba mal, pero tampoco podría seguir tal juego durante mucho tiempo, por razones obvias.

No podía asegurar que la Matescu fuera una colega. En principio, no solían utilizarse agentes femeninos en empresas tan arriesgadas como aquella, al menos por los principales países occidentales. Y tampoco los agentes policiales femeninos suelen dedicarse activamente a ciertos juegos so pretexto de andar de servicio, al menos por regla general. Además, estaba su experiencia, su sexto sentido...

No, la Matescu no era policía. En cambio, podía ser muy bien una aventurera muy avezada, con un fin muy concreto. Descubrir si determinado granuja que atendía por Kinkaid era, en realidad, lo que pretendía ser...

No se lo había dicho a su hermano. Tampoco su hermano se lo había preguntado, como si, tras ordenarle aceptar su reto, se hubiese inhibido por completo del asunto. ¿Por qué? El inspector sentíase cada vez más sumido en dudas, conjeturas...

Lo cierto era que ni la noche anterior, ni en esta, tuvo ningún tropiezo. Nadie le salió al paso ni cuando, tras entregar su guardia, fue a buscarla, ni luego de la entrevista con la rumana, cuando fue a tumbarse en su *coy* junto a los hombres que dormían pesadamente, alguno roncando. Demasiado fácil, demasiado bonito. Demasiado...

Cargó y encendió su pipa. Físicamente cansado, su cerebro, como suele acontecer en tales circunstancias, estaba muy lúcido. Dio un par de lentas chupadas a la pipa y descendió la escalerilla pausadamente, hacia la cubierta inferior.

Estaba casi poniendo el pie en tierra cuando algo chocó contra el mamparo tras rasgarle la camisa y causarle una dolorosa rasgadura entre el músculo del hombro izquierdo y el cuello. Algo cuyo choque produjo un claro sonido metálico... no demasiado fuerte.

Veloz, Ryan se dejó caer al tiempo que emitía un gemido ronco. Junto a él cayó el cuchillo que acababan de lanzarle y que, por una de aquellas pruebas de su inmensa buena fortuna, no lo había degollado. No se le clavó entre los omóplatos, tan solo porque en el momento justo una ola mayor que las demás había cogido al barco, haciéndole dar un brusco e inesperado bandazo, el cual hizo fallar providencialmente al asesino.

Ryan no se movió. Pero su mano, tanteando, atrapó el cuchillo homicida, atrayéndolo a sí. Como el asesino fuera lo bastante torpe para pretender averiguar si de verdad estaba muerto, le daría una buena prueba de lo contrario.

Solo que, al parecer, el asesino no era estúpido. Transcurrieron tal vez quince minutos y el más completo silencio rodeó al inspector. Finalmente, este se incorporó, siempre empuñando el cuchillo, y se alejó de allí como una sombra, alerta y con todos los nervios en tensión.

No volvió a tener ningún tropiezo en su camino hasta el sollado de popa donde tenía su *coy*. Tampoco se preocupó en averiguar si todos allí dormían. Quien trató de asesinarlo sabía que falló, eso era todo...

En la más completa oscuridad, y evitando hacer ruidos delatores, se despojó de la camisa, se desinfectó cuidadosamente el araño, apretando los dientes para dominar el dolor, y se lo cubrió con un poco de gasa y un esparadrapo. Luego se tendió en el *coy* sin pizca de sueño, a pensar.

Cuando se levantó tenía puesta una de sus camisas de trabajo y nadie entre sus compañeros de alojamiento pudo advertir nada en él. Realizó su tarea exactamente igual que cualquier otro día y tampoco advirtieron nada.

Eran las once y media de la mañana cuando, con un pretexto, fue a donde tenía sus cosas. El dormitorio de la marinería estaba vacío a la sazón. Necesitó exactamente tres minutos para comprobar que el cuchillo del asesino había desaparecido, aunque lo depositó muy al fondo de su saco de viaje.

Y apenas dos minutos después de hacer el descubrimiento, entró el contraмаestre, se acercó a él y le interpeló con su habitual rudeza:

— ¿Qué haces aquí? ¿No tienes trabajo?

—De sobra. Se me acabó el tabaco y vine a por un poco.

—Pues andando, a tu tarea.

Pero él se quedó...

Media hora después, el mismo contraмаestre le ordenó llegarse al puente para coger el timón. Era una tarea que normalmente no debía realizar, pero Ryan obedeció. Estaban calentándose las cosas...

Su hermano se encontraba en el puente, con el marinero que tenía el timón y el segundo de a bordo, ni le miró apenas. Ryan se hizo cargo del timón y no mucho después, su hermano envió al segundo con un pretexto plausible. Al quedarse solos inquirió, sin mirarle, con el mismo tono seco y frío que usaba con él:

—Supongo que tendrá ya algo que contarme.

—Bastantes cosas. ¿Por dónde comienzo?

—Por lo principal. No pierda tiempo.

—Bien. Esta madrugada alguien me lanzó un cuchillo al poco de abandonar el camarote de la Matescu.

Su hermano volvió la cara y el inspector pudo ver el destello de sobresalto en sus ojos, aunque desapareció casi enseguida.

— ¿Sí? ¿Qué pasó?

—Soy un tipo de suerte. El barco dio un bandazo en ese momento y el cuchillo se limitó a rasgarme la piel. Aquí... Luego esperé, caído en el piso, a que nuestro amigo cometiera un fallo. No lo cometió entonces, no hizo ni mención de acercárseme.

Los ojos de Theo Ryan estaban cargados de muchas cosas...

— ¿Cuándo lo ha cometido?

—Esta mañana. Metí el cuchillo en el fondo de mi saco de viaje. Hace cosa de una hora fui a buscarlo y ya no estaba allí, pero en cambio el contramaestre apareció enseguida. Curioso, se hallaba bastante lejos cuando entré en el sollado. Pero habida cuenta de la ojeriza que me tiene, podría ser que solo pensara en impedirme holgazanear.

No le dijo a su hermano el truco que le había preparado al frustrado asesino, no merecía la pena. Sin embargo, Theo no se dejó engañar.

— ¿Dónde está el error?

—Es un cuchillo que reconoceré en cuanto salga a la luz del día. Muy vulgar hasta ayer. Lo marqué.

—Se dará cuenta.

—Creo que no. Mi marca hay que buscarla.

Hizo concisamente el relato de sus entrevistas con la rumana y dio su opinión sobre ella.

—Busca algo y no es solo diversión, pero no creo que sea policía. Las mujeres policías no suelen actuar así, tengo cierta experiencia, una vez me atraparon por causa de una.

Contra lo que esperaba, su hermano no le repitió la advertencia de que se cuidara. Tal vez por imaginarse que no la precisaba...

Ryan se las arregló para que no le viera nadie quieto en todo el día, sin perder a su vez de vista a los demás tripulantes, o pasajeros, especialmente a los primeros. Pero todo fue vulgar.

Tenía la última guardia aquella noche, sobre cubierta. Oficialmente se acostó temprano, pero poco después de la medianoche se levantó, con toda clase de precauciones, y dejó el sollado, encaminándose con el máximo sigilo a buscar a la rumana.

Solo que no entró en el camarote donde ella lo esperaba. Si alguien estaba vigilándole los pasos debió de creerlo... pero se metió tan veloz dentro de uno de los botes salvavidas que nadie pudo ver su maniobra.

Y así fue cómo, una hora más tarde, pudo ver algo muy interesante, tanto como inesperado. Al que no vio fue al asesino.

Por eso a las tres y media de la madrugada, con la misma astucia, fingió que salía del camarote de la rumana. Como la noche anterior, nadie estaba a la vista, todo era silencio...

Esta vez no le tiraron ningún cuchillo cuando descendía a la cubierta inferior. Iba tan alerta como un gato que huele pescado, pero aun así, el ataque le cogió por sorpresa y solo el instinto, ese hábito, o sexto sentido del hombre avezado a todos los peligros, le salvó cuando el asesino le cayó encima por la espalda, descolgándose agarrado a una driza desde la cubierta superior, con la ágil habilidad de un artista circense.

Ryan sintió el leve y rápido desplazamiento del cuerpo en el aire y giró, tan veloz como pudo, a tiempo de ver cómo le caía encima un hombre al que reconoció en el acto, con una mezcla de sorpresa y coraje. Su propio gesto de esquiva resultó demasiado tardío por fracciones de segundo. Dos botas con suela de goma le pegaron con tremenda violencia en el hombro y la cabeza, provocándole un fortísimo dolor y casi Quitándole el sentido. Cayó de costado contra las tablas y un grueso rollo de cuerdas...

El agresor soltó el cable y saltó a la cubierta. Un instante después se le venía encima con una mueca asesina y en la mano el cuchillo, cuya hoja rebrilló siniestramente.

Medio aturdido, Ryan apenas tuvo tiempo de echarse a un lado y dispararle una patada que el otro esquivó con poca dificultad. Pero cuando alzó la mano armada con el cuchillo para disparárselo al corazón, Ryan pegó la espalda contra los resbaladizos tabloncillos del piso y le atrapó una pierna con las suyas, en una presa de judo rápida y eficaz.

El asesino perdió el equilibrio y su cuchillo se fue a clavar entre el costado y el brazo izquierdos del inspector, al tiempo que él mismo caía de espaldas contra la borda. Ryan se levantó, veloz, y se le vino encima...

Para ser recibido por una doble alevosa patada al bajo vientre que no logró evitar sino a medias y que lo lanzó hacia atrás loco de dolor, sin aliento. El asesino cargó y ambos hombres se agarraron, enzarzándose en una lucha sorda, feroz y sin cuartel.

Ryan no deseaba gritar, tampoco matar, si no era inevitable. Quería, eso sí, saber quién ordenó a aquel marinero fuerte, ágil, escurridizo y sonriente durante el día, asesinarlo. Pero había recibido dos golpes muy duros y sus facultades físicas estaban mermadas, el otro era un experto también en métodos de lucha a mano limpia, en tretas arteras... y durante unos minutos la sorda

pugna entre resuellos no tuvo un vencedor.

Luego pareció que su buena fortuna abandonaba definitivamente al inspector Ryan. Porque perdió pie en el resbaladizo piso y a la vez su enemigo le conectó un brutal golpe de karate que le hizo ver un millón de luces de colores, dejándole momentáneamente sin aliento ni casi visión. Cayó de espaldas, totalmente *groggy*.

Rápido como una pantera, el asesino se agachó, cogió su cuchillo y se le vino encima, con un brillo sanguinario en los ojos...

Entonces, en un punto situado arriba, en la cubierta de pasaje, emergió una figura humana irreconocible entre uno de los botes salvavidas y la borda. Aquella figura alargó la mano y un relámpago cárdeno brotó.

Sin un ruido perceptible. Pero el asesino se estiró violentamente y su mano armada abrió los dedos, dejando caer el cuchillo. Luego, aquel hombre se encogió, se le doblaron las rodillas, una expresión de agónica incredulidad le llenó las pupilas mientras abría mucho la boca como ansiando aire... y cayó pesadamente al suelo, sin un gemido, junto al inspector.

Este lo había medio entrevisto todo como se ven las cosas en una borrosa pesadilla. Luego le fallaron los sentidos.

Cuando volvió en sí, estaba solo en la fría y húmeda cubierta. Y tenía un tremendo dolor de cabeza que parecía provenirle de un foco hacia la parte de atrás de su cráneo. Llevó allí la mano y sus dedos tropezaron con un espléndido chichón. Un chichón que tenía la absoluta certeza de no haberse producido en ninguna de sus caídas.

Cuando pudo incorporarse y mirar a su alrededor se encontró solo. Total y absolutamente solo. Su enemigo había desaparecido, y únicamente los monótonos ruidos del barco y el mar chapoteando contra sus flancos, el parpadeo burlón de las luces de cubierta y el más lejano de las estrellas, le decían que no soñó.

CAPÍTULO X

—No está en ninguna parte. Es increíble, como si se hubiera tirado al mar anoche...

—O lo hubieran tirado...

Los marineros, reunidos en la cubierta de popa, tenían expresiones hoscas, duras. Se hablaba con reticencias, midiendo las palabras.

Uno de los miembros de la tripulación había desaparecido y nadie parecía saber cuándo ni cómo. Se notó a primera hora de la mañana, se le había buscado por todo el barco minuciosamente, sin hallarle. Los oficiales tenían el ceño de los días malos, el del capitán aún era peor. Por todos los medios se había procurado que la noticia no trascendiera al pasaje, pero...

Llegó el contraмаestre, parecía más duro que nunca.

—El capitán va a interrogar a todo el mundo, uno por uno. Y si alguno conoce lo sucedido a Maunser será mejor para él que lo diga.

Como al desgaire, su mirada cayó sobre Ryan. Pero este permanecía impassible, prietos los labios, ligeramente aislado de los demás aunque no solo. Dos de los marineros con quienes nadie había intimado le acompañaban. Sostúvole la mirada y el contraмаestre la desvió.

Había tenido el tiempo justo de deslizarse en su *coy* antes de que vinieran a despertarle para el turno de guardia, creía que los otros hombres que allí se encontraban hallábanse dormidos, pero no lo podía asegurar. De todos modos, ninguno le había demostrado estar sospechando de él en especial.

Maunser, el silencioso, agresivo Maunser, había desaparecido... ¿Quién le mató y lo echó al mar, cuando se hallaba en óptimas condiciones para liquidarlo y echarle a él por la borda? No conseguía recordar lo sucedido en aquellos pocos minutos, solo le

quedaba un último vaporoso recuerdo, el de Maunser disponiéndose a apuñalarlo y su súbito estiramiento. ¿Quién lo mató y le golpeó a él para mantenerlo desvanecido? Sin duda un amigo, un estupendo amigo. ¿Su hermano? ¿La Matescu? ¿El desconocido agente de la Interpol? ¿Un custodio que le puso Yeng?

Cuando le tocó el turno de sufrir interrogatorio marchó al camarote de su hermano. Los comentarios de los marineros interrogados ya mantenían a todos en tensión.

—Parece listo para echarse al cuello de quien sea...

Lógico. Llevaba en la caja fuerte una gran cantidad de morfina de cuya transporte era sin duda el responsable. La desaparición de un marinero durante la travesía era preciso declararla a la llegada al primer puerto, la policía iba a realizar una investigación, si llegaban a sospechar registrarían el barco de la cala a los mástiles... Lógico...

Buscó en el acto la ansiada prueba de que su hermano le había identificado, pero no la encontró. Su expresión era la misma de siempre, tal vez, algo más dura y sombría. En cuanto quedaron solos, le miró a los ojos y pidió:

—Cuéntemelo todo, Kinkaid.

—No hay mucho que contar...

Theo escuchó su conciso relato con atenta, profunda expresión... envolviéndose en humo. Y cuando Ryan hubo terminado suspiró:

—Sigue teniendo mucha suerte, Kinkaid. Solo he conocido a un hombre tan afortunado como usted.

El corazón de Ryan brincó locamente. Pero su hermano siguió:

—No caben dudas de que tiene a bordo un perro guardián al que yo desconozco. Yeng suele actuar así... y le está concediendo a usted una gran importancia, cosa que no me sorprende. Como todos los chinos es supersticioso y le interesa mucho un hombre mareado por la buena suerte.

Ryan estaba en vilo. Conteniéndose a duras penas. Su hermano volvió a mirarle con fijeza.

—Voy a decirle algo, Kinkaid. A bordo llevamos veinticinco kilos de heroína, por un valor en el mercado norteamericano de ochocientos mil dólares. Usted solo es uno de los correos que debe transportarla a través de México. Pero si en Tokio la policía japonesa sube a bordo, todo puede irse al traste. No necesito decirle

lo que en tal caso iba a ocurrirnos a nosotros dos.

—Lo imagino. Pero no tengo idea de quién ordenó a Maunser asesinarme y tampoco sobre la identidad de mi salvador. Llegué... bueno, pensé que había sido usted.

Estaba acechando cualquier cambio en la mirada o la expresión de su hermano como el tigre hambriento a su presa en la jungla. Pero Theo permaneció impassible.

—No he sido yo. Sin embargo, el círculo es muy estrecho y voy estrechándolo aún más. Espero poder darles a los policías japoneses un culpable y un móvil de esa desaparición que le deje a usted a salvo, Kinkaid. Ha de llegar con bien a Manzanillo. Después ya no será cuenta mía su protección...

La Matescu andaba rondando por la cubierta superior como gata en celo y le salió abiertamente al paso, cuando abandonaba el camarote de su hermano para retornar abajo.

—Me quedé esperándote. ¿Por qué no viniste?

—Anoche uno de tus admiradores trató de asesinarme.

— ¿Qué...?

—Lo que oyes. Tengo una cuchillada en el hombro que iba a mi corazón. El tipo está en el fondo del mar. Y si crees que debemos continuar hablando, piensa que muchos nos miran y sacarán sus propias deducciones.

Ella había cambiado de expresión, pareció sobresaltarse mucho, pero se dominó enseguida. Había un extraño ardor en los ojos.

—Quisieron matarte... y has matado por mí...

—Eso parece —repuso Ryan, dejándola aprisa porque el contramaestre venía en su dirección.

Pero ni el contramaestre, ni nadie, se metieron con él tratando del asunto. Rápidamente se hizo el silencio sobre el mismo, era como si toda la tripulación se diera cuenta de su índole y prefiriesen mantenerse callados. Sin embargo, Ryan escuchó una ominosa indicación.

—Aún quedan muchos días para rendir viaje en Nueva Orleáns...

En efecto, quedaban muchos días. Para él, en el mejor de los casos, cuatro semanas hasta Manzanillo. Y todo el Pacífico para servirle de tumba, como se descuidara.

El *Aligator* atracó en uno de los muelles de Yokohama cuarenta y ocho horas después. Tenía exactamente veinticuatro para descarga

y otras tantas para carga. Los pasajeros que no se quedaban allí iban a emplear aquellas cuarenta y ocho horas para visitar el Japón.

Los marineros tenían que trabajar. Por suerte, su arañazo en el hombro apenas si molestaba ya a Ryan y la mayor altura del Japón le permitía el trabajo con la camisa puesta. No dejaron de hacérselo notar, con una punta de recelo, pero contestó que le gustaba más trabajar así que en camiseta y no volvieron a indicárselo.

La policía japonesa subió a bordo y un inspector permaneció más de una hora encerrado con el capitán en su camarote. Luego, un par de menudos y corteses inspectores metieron sus narices chatas por todo el barco, poniendo nerviosos a los marineros. Y fue entonces cuando su buena suerte ayudó otra vez a Ryan.

Estaba ayudando en la descarga de grandes bultos de fibra de cáñamo por la bodega de popa, en compañía de otros dos marineros y varios estibadores japoneses. Un hombre llamado Kyneas, un griego, manejaba el cabrestante. Todo transcurría normalmente cuando, en el momento en que Ryan y otro marinero estaban manipulando uno de los bultos abajo, en la bodega, para acercarlo al punto de enganche por el garfio de la grúa, allí arriba sonó un ruido discordante...

Ryan estaba muy alerta. Miró y vio cómo los enormes y pesados bultos que subían perfectamente enganchados, al parecer, descendían veloces sobre él y su compañero. Masas de ciento setenta y cinco kilos de peso, que al caer desde diez metros de altura podrían aplastar y despanzurrar a un hombre contra el piso metálico de la bodega.

Pegó un ágil salto de costado. Y en el mismo instante, desde el interior de la bodega, a su espalda, algo pesado llegó en su busca disparado con asesina intención. Era uno de los gruesos rodillos de madera que se usaban para a veces hacer rodar sobre ellos los bultos muy pesados, pesaba sus buenos cinco kilos y le golpeó por encima de los riñones con salvaje violencia, quitándole el aliento, cortando en seco su impulso y haciéndole caer, ciego de dolor, aturdido, de rodillas manos...

Un instante después, uno de los enormes bultos de fibra golpeaba el piso de la bodega a menos de diez centímetros de su cuerpo con un ruido sordo y un alarido de agonía sonaba a su derecha. Un segundo bulto golpeó de canto al que por poco le

aplasta y cayó hacia el otro lado...

Dominando su dolor, Ryan se incorporó tan aprisa como pudo. Por el fondo de la bodega huía una sombra inidentificable.

El que le acompañaba en su tarea estaba aplastado bajo uno de los bultos, que le había caído de lleno sobre hombros y espalda. Un estibador chino gritaba de dolor con las piernas atrapadas por otro de los bultos desprendidos. Y sobre cubierta, todo el mundo asomaba a los bordes del agujero de la bodega...

Ryan se mostró muy prudente. En vez de ir a ayudar al estibador, o al otro marinero, se dejó caer contra unos bultos de fibra y aguardó a que vinieran a buscarles. Entonces contó que había recibido un duro golpe en la espalda, hacia los riñones. Sin quitarse la camisa se la arremangó y todos pudieron ver la clara señal justificativa de su inacción.

El otro marinero estaba muerto y el estibador tenía las piernas quebradas. El griego que manejaba el cabestrante, pálido y sombrío, juraba y perjuraba nerviosamente que él subía de modo normal aquella carga cuando se soltó una de las cuerdas y los bultos se vinieron bruscamente abajo. Un examen de las mismas demostró que habían sido dos de ellas ligadas de tal suerte que a poco de izarse la carga el peso de la misma las hiciera soltarse.

Dos hombres más habían desaparecido. Un estibador, al que más tarde las autoridades del puerto identificaron como un tal Matura, y un marinero brasileño llamado Moraes. Ambos habían estado abajo, junto con Ryan y los otros accidentados. Ryan recordaba muy bien que fue Moraes el que ajustó y sujetó las cuerdas sustentadoras de la carga fatal.

Este se había tirado al agua del puerto por el lado opuesto al muelle, nadó luego hacia una pequeña motora que «casualmente» pasaba por allí y subió a bordo de la misma, fue también averiguado por la policía japonesa. Ya no podían haber dudas. Y menos aún cuando entre sus cosas fue encontrado un paquete con medio kilo de heroína pura.

—Un asunto de drogas. Sin duda ese brasileño y el otro marinero desaparecido durante la travesía eran cómplices, o el uno asesinó al otro para robarle la droga. El que ha fallecido hoy en el falso accidente también sería cómplice suyo...

El policía japonés que tal decía miraba a Ryan con intensa fijeza.

Sin duda opinaba que él estaba en el negocio asimismo, pero carecía de pruebas para detenerle. Después de todo, bien podía ser inocente.

Nadie se metió tampoco con él por aquello, entre los miembros de la tripulación. Pero el contraмаestre le dijo, con malévolo retintín:

—Se ve que eres un tipo de mucha suerte, Kinkaid. Que te dure.

Y también el primer oficial dijo algo parecido:

—Tiene usted una suerte endiablada, Kinkaid. En buena ley debió morir aplastado ahí abajo. Pero también debió perecer ahogado o comido por los tiburones la noche que nos lo encontramos en el estrecho de Singapur...

Su hermano fue poco explícito:

—Recelan de usted, eso hay que afrontarlo. Green que es un contrabandista de drogas y que trae a bordo su carga. Hay aquí al menos una docena de hombres que no vacilarán en matarlo para quitársela, se supone, así me lo ha dicho alguien de mi entera confianza, que es lo que Maunser trató de hacer y que usted se le anticipó, echándolo al mar. También se opina que Moraes tenía esa misma intención, aunque les desconcierta el hallazgo de la droga entre sus cosas.

—Supongo que usted sabe algo de eso...

—Yo se la hice colocar allí. Los policías han encontrado una razonable cantidad de heroína en los efectos de un marinero presunto homicida y fugitivo. Tienen suficiente con eso y no insistirán en registros peligrosos. Lo importante es eso, Kinkaid. Y en cuanto a usted, no estará de más que extreme sus precauciones, sobre todo cuando baje al puerto.

— ¿He de bajar?

—Resultaría sospechoso que se quedara a bordo después de lo ocurrido. Y conviene que le vean beber, divertirse un poco. Ahí, si en alguna parte una bella muchacha le ofrece sus encantos tarifados diciéndole que se llama Toshiko y que usted tiene los más bellos ojos grises que ha conocido...

—Mis ojos no son grises.

—Ya lo sé. Y ella también. Acepte su oferta y sígala.

CAPÍTULO XI

El puerto de Yokohama es uno de los más cosmopolitas del mundo, también de los mayores. De ahí que en él se pueda encontrar de todo.

Ryan había estado ya allí dos veces. Ahora caminó por sus calles estruendosas y coloristas como lo haría un típico marinero sin prisas y con algún dinero que gastar. En su bolsillo llevaba la automática que su hermano le había entregado, una magnífica pistola japonesa de precisión y una navaja italiana de resorte, de su exclusiva propiedad. No se perdía un detalle sospechoso o simplemente raro, en aquel caleidoscopio bullanguero.

Se sabía vigilado, tal vez por más de uno. Por otra parte, le iban a encargar una misión. Y además, el FBI debía haber destacado a alguien aquí, en Yokohama, para recoger la información que debía darles y darle nuevas instrucciones con respecto a su misión. Era la pieza clave en un endemoniado asunto de contrabando de drogas y ya se lo estaban demostrando bien...

Recibió las ofertas de amor a docenas por parte de lindas muchachas muy pintadas. Recibió a docenas las ofertas de droga por parte de tipos de toda especie. Dos veces eludió a sendos rateros de dedos hábiles. Entró en un par de locales y se tomó un par de cervezas frías, merodeó por delante de unas mesas de juego y aún apostó cinco dólares a una carta que no salió. Parecía aburrido y sin objeto... Y así descubrió a dos que, sin duda, estaban siguiéndole.

Les dio esquinazo entrando en un ruidoso y concurrido local, pero sabía que no iba a ser por mucho tiempo. Su descripción debía obrar en poder de más de un espía de Yeng, o de quienquiera que anduviese tras él. En qué momento y lugar volverían a intentar asesinarle era algo que habría dado mucho por saberlo. Una de dos, o Yeng le consideraba realmente valioso por su probada buena suerte y seguía creyéndole el verdadero Kinkaid —«Solo he conocido a una persona tan afortunada como usted...»— o Yeng ya conocía su verdadera identidad y estaba tratando de liquidarlo.

Personalmente se inclinaba por lo primero, pero entonces, ¿quién quería matarle? ¿O solo era algo tan simple como unos marineros conchabados para quitar de en medio a uno al que creían correo de drogas y apoderarse de su valiosa carga?

En el tercer local donde entró luego de haber dado esquinazo a sus espías halló lo que buscaba. Un camarero japonés, joven aún, al servirle su cerveza le preguntó con naturalidad:

— ¿No deseará cigarrillos? Tengo las mejores marcas americanas.

Pausado, Ryan le contestó, mirándole a los ojos:

—Lo malo es que yo no llevo moneda suelta.

—Mejor, así podrá darme una buena propina.

Era la contraseña. Tenía delante a un hombre del Departamento de Narcóticos. De origen japonés había varios en el mismo.

El camarero diole una cajetilla y Ryan le tendió un billete de Banco japonés, cuidadosamente doblado. Dentro de aquel billete, y pegada al mismo con celofán, había una hojita de delicado papel de arroz. En la hojita, con clave especial, indicaba el punto, dentro de los lavabos de un local público, donde había ocultado su informe, escrito también con clave en un par de hojas de aquel papel de arroz, tamaño cuartilla. Todo lo necesario para que el FBI estuviera alerta, tanto en las Hawai como en Manzanillo, Ciudad México... para ayudarle si fuese necesario, también para impedir que veinticinco kilos de heroína llegaran a manos de sus consumidores ilegales.

Abriendo el paquete, sacó un cigarrillo y lo encendió. Luego se tomó la cerveza despacio. Luego abandonó el local.

Y mientras caminaba pausado por la calle iluminada y concurrida, sus ágiles dedos extrajeron el séptimo cigarrillo de la fila exterior. El que tenía una manchita verde en la boquilla de filtro. Fue a parar entre su cuerpo y su camisa con tal destreza que a duras penas un espía muy cercano habría podido notar la maniobra.

Minutos después, y mientras esperaba en un paso de peatones entre la multitud, sintió cómo unos dedos ágiles le birlaban el paquete de cigarrillos. Se hizo el desentendido.

En otro lugar público, y mientras parecía estar evacuando una imperiosa necesidad, desgarró aquel cigarrillo y extrajo del mismo un papel repleto casi de escritura casi microscópica. Sirviéndose de

una diminuta linterna eléctrica que había adquirido poco antes en un bazar, y de una potente aunque pequeña lupa adquirida en Taipeh, pudo leer perfectamente las instrucciones que se le transmitían. Y uno de los párrafos le hizo sonreír con amargura:

«Conocemos la identidad del capitán del barco en que navega. Sería de lo más peligroso para su misión si él descubre la suya.»

Tal vez sus jefes ya sabían que Theo traficaba con drogas...

Había otras informaciones muy importantes. Terminó la lectura, echó el delgado papel a la taza y dejó caer el agua. Trabajo tendrían para hallar aquella información.

Poco después, en uno de tantos locales del puerto, una bonita y menuda muchacha japonesa se le acercó con promisorio sonrisa. Una de las muchachas que pululaban por allí, por las calles, por lugares como aquel, en busca de clientes de ocasión...

—Hola, marinero. Me llamo Toshiko. ¿No me invitarás a tomar una copa?

— ¿Por qué no? Puedes llamarme Kinkaid.

—Kinkaid... Te sienta bien el nombre. Tienes los ojos grises más bellos que nunca haya visto...

Toshiko, como resultaba usual, tenía su lugar de trabajo cerca, en los altos de otro de aquellos locales, uno de tantísimos hoteles como servían de nido a miles de muchachas como ella. Su habitación era pequeña, delicada y agradable, olía a perfume de esencias baratas. La muchacha realizó todos los habituales prolegómenos y luego puso música americana, estridente.

—Podrían estar escuchando. Ya sabes, con cualquiera de esos artilugios electrónicos.

—Eres precavida. Me dijeron que debía seguirte. ¿Cuál es la cosa?

Había cinco kilos de heroína pura esperándole. Estaban envasados en plástico suave y Toshiko le ayudó a pegárselos con celofán a la cara interior de los muslos, el vientre y otros lugares. Una vez terminada la tarea, Ryan quedó como fajado en heroína.

—Ahora vales mucho dinero, amigo mío. Y hay que cuidar de ti...

Permanecieron un tiempo razonable allí arriba, después salieron juntos, ella cogida de su brazo. Abajo, en el repleto bar, ella le condujo a una mesa donde otra muchacha estaba alternando con un marinero recio, pelirrojo, con la nariz quebrada, que miró fijamente a Ryan y se le presentó como Svensen, sueco y contramaestre de otro barco surto en el puerto. Las chicas eran, dijeron, amigas, y Toshiko sugirió seguir juntos la juerga, sugerencia rápidamente acogida. Ryan valía ahora muchos miles de dólares, era necesario protegerle...

Durante varias horas, los cuatro hicieron el recorrido y Ryan tuvo un par de pequeñas sorpresas: una, la presencia del funcionario retirado canadiense tomándose una copa en compañía de una linda hetaira japonesa. El canadiense apenas si dejó resbalar sobre él una fría mirada impersonal; otra, el descubrir a la Matescu bailando con el segundo de a bordo del *Aligator*. Cuando ellos le descubrieron, a su vez, sus reacciones fueron casi divertidas. La mujer, sobre todo, se quedó mirándole con fijeza suma.

Era ya madrugada cuando Ryan llegó al *Aligator*. Se despidió con unos besos de ambas japonesitas, estrechó la mano del sueco y luego subió por la pasarela con andares de «achispado», canturreando entre dientes. Los vigilantes del puerto no se molestaron en registrarle. Había demasiados marineros borrachos, que llegaban en compañía de mujerzuelas tras haber sido concienzudamente desvalijados por ellas.

El marinero de guardia, un negro, le habló casi amistoso. Era uno de quienes le demostraban cierto afecto.

—Te has estado desquitando del susto de esta mañana, ¿eh?

Ryan le contestó que así era y que ahora tenía ganas de vaciar su estómago. Se fue hacia los servicios de la tripulación, se metió en ellos, y, tras encerrarse, desvestióse, arrancándose las bolsas con la droga rápidamente al tiempo que hacía los adecuados ruidos. Luego hizo un paquete con todo, utilizando el fino lienzo que llevaba arrollado al pecho, lo ató con un resistente cordoncillo de seda y abrió el ojo de buey, como haría un borracho bajo los efectos de la resaca después de vomitar.

Un anzuelo de acero pendía ante sus ojos, colgando al extremo de otro hilo de seda.

Sacando el paquete, lo clavó en el anzuelo. El paquete

desapareció...

Al día siguiente descubrió que la Matescu había dejado el barco. Cuanto menos era una sorpresa, porque ella iba, oficialmente, a Panamá.

En total quedaban cinco de los pasajeros que estaban en el *Aligator* cuando él subió a su bordo en Singapur. Llegaron otros nueve aquel día y un poco antes de zarpar el barco seis más. Tres matrimonios.

No sucedió nada en las cuarenta y ocho horas siguientes. Para sustituir a los marineros accidentados o desaparecidos, la compañía naviera había enviado dos marineros europeos, un filipino y un norteamericano. Los cuatro podían ser cualquier cosa, pero no daban la impresión de haberse conocido antes entre sí, al menos el filipino y un español parecían sociables...

Al tercer día de navegación, cuando Ryan se encontraba trabajando sobre la cubierta superior, desde la de pasaje un objeto metálico cayó a sus pies produciendo un claro ruido.

No estaba solo. Se agachó y recogió el objeto, una moneda de plata, un chelín de Singapur. Hizo una mueca, comprobó que su compañero de tarea le miraba, alzó la vista y descubrió al matrimonio americano de edad aún joven y vulgar apariencia que habían embarcado a última hora en Yokohama. El marido le habló con naturalidad.

—Lo lamento, se me ha caído de una manera tonta. Espero no haberle golpeado,

—No, no lo hizo.

Le devolvió la moneda con fuerte impulso y prosiguió su trabajo. Se sentía aliviado. Ahora, un colega, tal vez dos, estaban a bordo listos para ayudarle en cualquier eventualidad.

Aquella noche, mientras cumplía turno de servicio al timón, el capitán del barco, su hermano, volvió a quedarse solo con él.

— ¿Conoce a los Fillmore, Kinkaid?

Se puso rígido. Luego asintió.

— ¿Se refiere al matrimonio de americanos más jóvenes que embarcaron en Yokohama?

—Los mismos. Él acaba de llegar directamente en avión de los Estados Unidos, justo el día antes de nuestra propia llegada a puerto. Ella llegó desde Tokio, sola, la misma mañana. Pero

afirmaron haber estado visitando el Japón, como matrimonio en luna de miel, durante las últimas semanas.

Yeng tenía un magnífico servicio de información.

— ¿Policías?

— Federales, del Departamento de Narcóticos. Tenemos a bordo alguien que les importa mucho. Nosotros... o uno de sus colegas.

— ¿Qué se puede hacer?

— Usted, seguir con su trabajo como marinero. Confío en que no vuelvan a repetirse los atentados contra su vida. Dos fallos son muchos y quienes los cometieron ya no pueden hablar. De esos policías yo me encargo.

— ¿Cree que la Matescu fuera una agente? Resulta sospechoso que cancelara su viaje a bordo después que yo le conté que se había atentado contra mi vida. La vi bailando con el segundo, en Yokohama, y a ninguno pareció gustarle el que yo les descubriera.

Su hermano le miró con fijeza.

— También yo me ocuparé de eso, Kinkaid —dijo con sequedad. Y luego se puso a mirar al mar, porque llegaba el tercer oficial. Ya no volvieron a quedarse solos y al poco Theo se marchó, no reapareciendo por el puente mientras duró su servicio allí.

Fue un viaje muy pacífico el que realizó el *Aligator* desde Tokio a Honolulu. Pareció como si la tripulación hubiera decidido coserse la boca y mostrarse de lo más prudente con respecto a los incidentes anteriores. Para Ryan no cambió mucho. Ahora tenía la certeza de que todos le consideraban implicado en aquellos incidentes, y, por si fuera poco, condenado a muerte. Había perdido medio kilo de heroína o bien a un asociado... o tal vez era un policía; en cualquier caso, resultaba preferible formar un cordón sanitario a su alrededor. Se lo hicieron notar en diversos grados, distinguiéndose el contramaestre y el segundo oficial en aquello. Por su parte, Ryan puso a prueba su capacidad de aguante Y así llegaron a Honolulu.

Allí se quedaron el par de agentes subidos en Tokio. Ryan tuvo oportunidad de avisarles que habían sido desenmascarados y, probablemente, en cuanto pusieron pie en el puerto se apresuraron a comunicarlo. Cuando él mismo deambulaba por la ciudad como uno de tantos marineros de paso, en el parque de Kapiolani estableció contacto con otro de los agentes. Todo fue sencillo y natural simplemente coincidieron en un banco del parque.

—Estamos seguros de que le han desenmascarado, inspector. Tiene que dejarlo, antes de que lo maten.

—Diga a quienes le envían que seguiré con esto hasta el fin.

—Es un simple suicidio, ya no le queda ninguna oportunidad. Yeng le está dando cuerda, aún ignoramos con qué propósitos.

Ryan ya lo estaba temiendo. Pero no iba a dejar ahora, a medio camino, su misión. Si Yeng conocía su identidad la conocía desde su entrevista en Singapur o a lo sumo poco después. Pero le dejaba seguir adelante. ¿Para ver hasta qué punto le ayudaba la fortuna, para satisfacer un típico gusto oriental por las cosas refinadas y retorcidas? Y además, estaba su hermano. Podían estar ahora creyéndole conchabado con él, con la policía; y eso significaba muerte para Theo. No, seguiría adelante, estaba decidido. Así se lo hizo saber al agente y se alejó, tras recibir instrucciones para un próximo contacto.

El *Aligator* tenía tres jomadas completas de estancia en Honolulu. Al día siguiente, por una nimiedad, Ryan no logró evitar una bronca con el contraataque. Este le estaba buscando las cosquillas desde Singapur, en ocasiones llevó la situación al límite. Esta vez, Ryan creyó necesario plantarle cara para evitar que aún se hicieran más fuertes las sospechas sobre él. Y lo hizo.

—Ya estoy harto de que me trate como a un esclavo, Burton. Si vuelve a hacerlo le partiré la cara.

El contraataque pareció sorprendido de su reacción. Ocho o diez marineros presentes, y el segundo oficial, que estaba cerca, dejaron lo que hacían instantáneamente. Luego, la cara del contraataque se empujó:

— ¿Qué dices que harás, sucio bastardo?

El puño izquierdo de Ryan se disparó en un golpe medido y perfecto, que alcanzó al contraataque en el mentón, enviándolo aparatosamente de espaldas contra otro marinero, que a duras penas le pudo sujetar.

Era un tipo duro, no obstante, y reaccionó como un toro furioso, saltando al contraataque mientras meneaba la cabeza para despejársela y disparando sus puños con saña.

Pero Ryan estaba alerta. Paró el ataque con sus antebrazos y le conectó un uno-dos que lo frenó en seco. El contraataque gruñó, aturdido y dolorido, pero encajó y contraatacó.

Entonces, al retroceder Ryan, alguien le puso una alevosa zancadilla. Perdió equilibrio, abrió la guardia y recibió un golpe salvaje que lo envió al suelo contra la borda. El contramaestre se le vino encima, alzando un pie con evidente intención de plantárselo en la cara...

— ¡Basta! ¡Quietos todos!

El contramaestre, como todos, oyó la orden, pero no quiso o no pudo obedecerla. Ryan vio venir el golpe asesino, esquivó como pudo y recibió la patada en el hombro izquierdo, que le quedó entumecido. Oyó de nuevo la voz imperiosa de su hermano y ahora, al fin, el segundo oficial se movió.

— ¡Déjelo estar, Burton! ¡Ya está bien!

El contramaestre obedeció de mala gana, mirándole con odio. Ryan se incorporó despacio, muy alerta y sujetándose el hombro. Tenía delante un semicírculo de caras frías, hostiles o, a lo sumo, indiferentes...

—Esta me la vas a pagar, Ryan —le amenazó el contramaestre rasgando las palabras en tono bajo. Luego se echó atrás, mientras el capitán del barco ordenaba, con tono muy duro, al segundo oficial que subiera con ambos contrincantes.

Les estaba esperando de pie en su camarote y su dura, ceñuda mirada, se clavó en ellos con fijeza.

— ¿Qué ha sucedido, señor Dennison?

Entonces el segundo oficial mintió con cínica firmeza:

—Kinkaid se negó a realizar un trabajo y al ordenarle el señor Burton que lo hiciera le contestó con amenazas. Luego le golpeó.

Ryan respiró hondo, mientras se dominaba. De modo que aquel era el juego...

Su hermano le miró con fijeza. Después al contramaestre.

— ¿Qué orden le dio, señor Burton, a Kinkaid?

—Que bajara a ayudar en la estiba. Se negó en redondo y al repetirle la orden me llamó hijo de perra, amenazándome si no le dejaba en paz. Dijo también que estaba harto de este barco y de mí en especial. Le ordené repetir eso delante del segundo oficial y entonces me atacó...

— ¿Puedo defenderme, señor?

Su hermano le miró con fijeza.

— ¿Qué tiene que decir, Kinkaid?

—Que tanto el señor Dennison como el contraмаestre están mintiendo,

— ¡Maldi...!

— ¡Silencio! Aquí nadie toma iniciativas, sino yo. Siga, Kinkaid.

Ryan habló duro y concreto, sin pelos en la lengua. Las caras del segundo oficial y el contraмаestre eran reveladoras de sus sentimientos, en cambio no había modo de adivinar los de su hermano. Calló tras decir lo que deseaba y esperó. Entonces habló el segunde oficial, hosco y nervioso:

—Naturalmente, señor, no iré a creer los embustes de este individuo.

Una mirada glacial le cortó la palabra.

—Ocurre, señor Dennison, que no solo estoy perfectamente enterado de lo que pasa a bordo de este barco, sino que también me hallaba en la cubierta superior cuando esa riña se suscitó y tengo muy buen oído. Por ejemplo, escuché muy bien cómo el contraмаestre llamaba bastardo a Kinkaid, vi cómo usted se inhibía cuando se inició la pelea y cómo el marinero Ragine ponía una alevosa zancadilla a Kinkaid, haciéndole caer. He comprobado a la saciedad que Kinkaid trabaja por dos y nunca se queja ni provoca dificultades, también que usted, señor Burton, ha estado desde Singapur distinguiéndole con su ojeriza y sobrecargándolo de tareas. No me importan en absoluto sus sentimientos personales, ni quiero saber a qué es debido ese odio que existe indudablemente. Pero no voy a tolerar a bordo de este barco indisciplina ni embusteros. Ustedes tres pueden recoger sus pagas dentro de media hora. Pasaré notificación a la casa armadora acerca de su comportamiento, señor Dennison, y desde este momento queda relevado de todo servicio.

Eso no se lo esperaban ni el segundo oficial ni tampoco el contraмаestre. A decir verdad, tampoco se lo esperaba Ryan. De modo que todos ellos quedaron en suspenso. El capitán añadió, con la misma dureza tajante:

—Ahora saldrán y marcharán a recoger sus pertenencias. Si alguno de ustedes provoca una nueva pelea a bordo, le doy mi palabra de que nunca más habrá de hacer tal cosa en adelante. Aún no está claro quién hizo desaparecer al marinero Maunser y por qué dejaron caer en Yokohama aquellos bultos precisamente sobre

Kinkaid y Gannon. Un homicidio premeditado y una desaparición con probable homicidio, con drogas por medio, no lo olviden, y que me bastará con una llamada telefónica a la policía de Honolulu y al FBI para que les detengan y les hagan la vida muy difícil. Ya están advertidos, ahora, afuera.

CAPÍTULO XII

Ryan fue el primero en abandonar al *Aligator*.

Por alguna razón, ni el segundo oficial ni el contraмаestre hicieron o dijeron nada cuando los tres salieron del camarote del capitán del barco. Ellos se limitaron a mirarle con gran encono, pero evidentemente estaban atemorizados por la amenaza de su hermano... o llevaban un plan preconcebido. En cuanto al resto de la tripulación, pareció que rápidamente averiguaron lo sucedido. Y ni siquiera quienes hasta entonces le demostraran cierta amistad se le acercaron con preguntas, mucho menos amistosos. Como si estuviera apestado.

Fue llamado muy pronto de nuevo al camarote de su hermano, en apariencia para liquidarle la paga. Esta vez, Theo tenía una expresión honda, preocupada, muy semejante a la de su primera entrevista cuando él subió a bordo como Kinkaid.

—He aprovechado esta oportunidad para ayudarle, Kinkaid. Voy a retener a Dennison y a Burton lo bastante para que pueda desaparecer.

— ¿Qué quiere decir?

—Aquí su vida está en constante peligro. Hay alguien muy interesado en liquidarlo y creo saber quién ha estado haciendo promesas y derramando dinero. Por otra parte, Yeng sigue insistiendo en que usted cumpla con su tarea, de modo que llegará a Manzanillo por otro conducto. Hay algo que me desconcierta y preocupa en usted, Kinkaid, pero no le preguntaré. Ha convertido este barco, sin quererlo, ya sé, en una especie de faro de señales para los servicios de represión del contrabando, ahora no sé ni cómo vamos a sacar la heroína de aquí.

—Sabe que no soy culpable de nada.

—Lo sé. Se lo he explicado así a Yeng y está de acuerdo

conmigo. Pero usted es como un imán para atraer dificultades, aunque siempre sale bien parado. Bueno, ahora saldrá del barco y caminará directamente hacia la estación de taxis al arranque del muelle. Tome el que lleva el número de licencia 2.112. Luego ya sale de mi órbita. Le deseo mucha suerte, aunque creo que no hemos de volver a vernos.

Le tendió la mano y Ryan se la estrechó con fuerza, con tanta más cuanto que todo su ser clamaba por decirle la verdad a su hermano mayor. Una vez más le pareció que los ojos de Theo se llenaban de calor, y, desde luego, el apretón de su mano era mucho más que protocolario...

Pero él era un inspector federal en servicio y su hermano andaba contrabandeando heroína. Así:

—Gracias, capitán. Yo, en cambio, espero volver a verle algún día.

Le vio respirar hondo. Y eso fue todo...

Nadie le molestó cuando salía. Pero el contraamaestre estaba cerca cuando puso el pie en la escalerilla y el que le pusiera la zancadilla, más otro, le acompañaban. Uno escupió significativamente, el contraamaestre le gruñó:

—Mira dónde te escondes, bastardo. Porque ya estás muerto.

Si esperaban su reacción agresiva quedaron defraudados. Ryan no se inmutó y descendió tranquilamente la pasarela con su saco a cuestas.

No llegó muy lejos. Dos funcionarios de aduanas le cerraron el paso y le obligaron a seguirles con muy escasa cortesía hasta una oficina donde estaban esperándole otros dos tipos a quienes Ryan catalogó de inmediato. Policías del Departamento de Homicidios.

No lograron cazarle. Antes de salir del barco había registrado concienzudamente sus pertenencias, comprobando que no llevaba nada comprometedor. Su pasaporte como Kinkaid estaba hecho pedazos, en el desagadero del retrete y llevaba el otro que nadie había conseguido encontrarle. El que presentó. Los policías le miraron y remiraron, le hicieron poner sus huellas digitales en un papel especial y le dejaron esperando, mientras, sin hacer caso a sus protestas, los de aduanas le obligaban a desnudarse para registrar minuciosamente sus ropas. Finalmente, tuvieron que darse por vencidos.

—Se puede marchar...

Había transcurrido una hora, faltaba por ver si su hermano pudo retener tanto tiempo al contramaestre y el segundo, o si estos, u otros, pudieron en tal lapso de tiempo tenderle una trampa...

Cuando iba a dejar el puesto de aduanas dos hombres entraron. Ryan se detuvo y respiró hondo, al ver a uno de ellos. Aquel hombre, por su parte, se lo quedó mirando fijamente y luego dijo algo a su acompañante, que le miró a su vez. Ryan inició la escabullida, pero le cerraron el paso.

—Hola, Hanckok. Vaya sorpresa...

Ya estaban mirándolos los policías que antes le cachearan, y los de aduanas. Ryan gruñó, poniendo cara de mal humor:

—Hola, Banion. Sí que lo es.

—Inspector Banion para ti. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Acaba de apearse de un barco, parece que trabajaba en él. Tuvimos un informe de que se trataba de un tal Kinkaid, buscado por el asesinato de un policía en Oklahoma hace meses, pero ni su fotografía ni sus huellas concuerdan. De modo que ustedes le conocen... ¿Ha dicho que es inspector? No le he visto antes...

—Porque no estuve en Honolulu. Inspector Banion, de Narcóticos. Este es el agente Doniphan. Y sí, conozco bien a Butch Hanckok. De modo que te enrolaste como marinero...

—No tienen nada contra mí, inspector. Cumplí mi condena y quedé libre.

—Libertad condicional. No podías salir del país.

—Iba en un barco norteamericano. Es tierra del país, me parece.

— ¡Hum! Hasta cierto punto. ¿Te importa que te hagamos unas preguntas? Puedes negarte y entonces te haremos detener por infringir la libertad condicional. Con un poco de suerte podríamos conseguirte que cumplas todo el resto de la pena, cinco años...

Ryan siguió la pantomima. Aquellos dos hombres se lo llevaron a un automóvil estacionado delante del edificio de la aduana y le hicieron entrar en él. Banion lo hizo atrás, a su lado. Y cuando arrancaba el vehículo le sonrió, ofreciéndole tabaco:

—Agradézcanoslo, inspector. Acabamos de salvarle de una muerte segura.

Ryan estaba furioso.

—Diga mejor que me acaban de estropear un plan largamente

preparado y muchos meses de labor, Banion. ¿Quién le ordenó intervenir?

—Directamente desde Washington, el comisario Nielssen. Teníamos que hacerlo, se descubrió que usted no era Kinkaid.

— ¿Cuándo y cómo?

—Cosas que pasan. Hubo una infiltración en la clínica, una de las enfermeras. Míster Liberty había recelado algo, tal vez. La chica tiene una hermana menor que es drogadicta, nos lo había estado ocultando muy bien; ellos lo averiguaron y la presionaron. Simms, el hampón herido en aquel tiroteo y que estaba pasando por usted se halla casi restablecido, aunque continuábamos manteniéndole con la cabeza vendada y haciéndole creer a él mismo en la gravedad de su estado...

Así ocurrían las cosas. Y por eso todos aquellos «accidentes». Al parecer, el FBI tardó cuarenta y ocho horas en descubrir aquella peligrosa infiltración, tiempo más que suficiente para que el magnífico engranaje del *gang* de míster Liberty diera la alarma... Y ahora todo se había ido al trate, gracias que salvaba el pellejo. Tantos meses de trabajo, la cirugía facial, todo... y el único resultado iba a ser la muerte de su hermano, al que supondrían complicado en aquello.

—Déjenme en la próxima esquina.

—No puede ser, inspector. Tenemos...

—Escúcheme, Banion. Mi hermano es el capitán del *Aligator*, ¿lo sabía?

—Pues... sí...

—Ahora van a creerle complicado en esto. Le matarán. Y yo no puedo consentirlo. He de ir a avisarle.

—Usted quiere que le maten. Nosotros nos encargaremos de eso.

—No. Seré yo quien lo haga. Tengo mis razones.

Iba a contestarle Banion cuando ocurrió lo inesperado. Un automóvil surgió de pronto por una calle transversal y les cerró el paso, forzando al conductor a frenar casi en seco. En el mismo momento, otro vehículo se arrimó a ellos por el lado opuesto. Antes de que pudieran reaccionar los federales, del coche que se les había arrimado por la izquierda surgió una mano armada con una pistola de forma especial a cuyo caño iba acoplada una granada de gas

— ¡Cuidado...!

Ya los dos federales tenían sus armas empuñadas cuando la granada de gas estalló en el interior del vehículo, tras penetrar por la ventanilla delantera y pegarle al conductor en el hombro. Inmediatamente un gas verdiamarillento, acre y espeso lo llenó todo.

Ryan sintió de inmediato el escozor y el lagrimeo, trató de evitar lo inevitable y velozmente acumuló aire aún limpio en sus pulmones. El conductor ya estaba listo, Banion aun pudo hacer un disparo antes de tragar el gas...

Ryan abrió la portezuela de su lado y salió a la calle como pudo. Se había detenido la gente en las aceras, contemplando atenta el asalto, y los automovilistas no se detenían, con la clásica prueba del civismo norteamericano. No se veía a un policía cerca.

Apenas puso pie fuera del coche, Ryan se vio frente a una pistola y una orden conminatoria:

— ¡Entra en el coche!

No había otra opción sino la de recibir un balazo allí mismo. Y mientras hay vida hay esperanza... Ryan obedeció.

El automóvil aquel dio brusca marcha atrás y luego realizó un viraje escalofriante, alejándose por la calle transversal. Comenzaron a sonar pitos a su espalda...

Había tres hombres en aquel coche. Y ahora ninguno apuntaba a Ryan, al contrario, dos de ellos casi sonreían.

—Ha sido un buen golpe, ¿verdad? Y aún no hemos terminado.

El cerebro de Ryan estaba moviéndose veloz. ¿Pistoleros enviados para asesinarlo? ¿Para qué, entonces, tanto trabajo? El gas no era mortífero, aún sentía parcialmente sus efectos. Era otra cosa; quisieron apoderarse de él, eso era todo. ¿Para que les sirviera de rehén? Absurdo. ¿Para hacerle hablar?

El vehículo viró sobre dos ruedas, metióse en una calle pequeña y tranquila, prácticamente sin circulación. La puerta de un edificio destinado a almacenes se abrió y el coche entró allí velozmente. La puerta se cerró...

—Abajo, rápido. Déjalo todo.

Ryan obedeció. Aparte sus secuestradores allí había otros dos hombres. También una camioneta de reparto, vulgar, y un automóvil bastante usado. Uno de aquellos hombres tenía en sus manos una chaqueta deportiva.

— ¡Quítate tu chaqueta, rápido!

Apenas quitada, le pusieron la otra. Su gorra fue al suelo y sobre su cabeza pasó un cómodo sombrero de paja trenzada. La puerta fronteriza a aquella por la que habían entrado estaba abriéndose. Y prácticamente no le apuntaban con sus armas.

— ¡Vete al taxi!

El almacén daba a dos calles. Y en la otra, amplia y relativamente concurrida, de almacenes y edificios de oficinas sobre todo, estaba esperándole el taxi de licencia 2.112. Ryan no se entretuvo, cruzó la acera, llegó al taxi, abrió la portezuela trasera...

Y viose ante el chino de cara inolvidable que muchas noches atrás le condujera a presencia de Yeng.

—Siéntese, Kinkaid.

Con súbito erizamiento de la nuca y un comienzo de sudor frío, Ryan sentóse junto a su inquietante conocido. De inmediato, el automóvil de alquiler arrancó. Y a no mucha distancia cruzóse con dos patrulleros de la policía llegando a gran velocidad con sus sirenas en puro aullido.

—No encontrarán nada que les valga —la voz fría y cuidada del chino carecía de matices—. Estaremos fuera de su alcance, mejor dicho usted lo estará, antes incluso de que acierten a entender lo sucedido.

—Confieso que tampoco yo lo entiendo, comenzando por su presencia aquí...

—Se lo explicaré. El señor Yeng ha seguido con gran interés los sucesos a bordo del *Aligator*. Usted, Kinkaid, es un hombre con una buena suerte tan asombrosa como increíble. Debería estar ya muerto... Pero está vivo y nos ha permitido descubrir que en nuestros propios barcos llevábamos enquistada a una organización rival, que se valía de nosotros para introducir su propia droga en el mercado, haciéndonos una abominable competencia. Usted le ha traído suerte al señor Yeng, y el señor Yeng es agradecido.

De modo que era eso... Increíble... Pero allí estaba aquel chino de ojos como diamantes negros diciéndoselo con meridiana claridad. Ryan puso una convincente cara de estupefacción.

— ¿Quiere decir que... esos accidentes...?

—El jefe de esa banda rival, un traidor, una serpiente venenosa a quien el señor Yeng crio como si fuera su propio hijo y que se ha

valido de todo lo que su inmensa generosidad le enseñó para tratar de suplantarnos, había sido verdaderamente muy astuto, hasta el extremo de que no habíamos conseguido sospechar de él. Creyó que el señor Yeng lo enviaba a usted al *Aligator* como espía para descubrir a sus hombres y dio orden de eliminarlo. Pero sus hombres han fallado tres veces, aunque eran expertos. Usted pudo matar a uno, poniéndoles nerviosos con su desaparición, se salvó en Yokohama y puso nervioso a otro, permitiéndonos, gracias a uno de nuestros hombres que le siguió, hallar el hilo que debía conducirnos hasta el gran traidor. Finalmente, usted se salva ahora gracias a nosotros. Le habían denunciado a los aduaneros del puerto como traficante de drogas, dieron su verdadero nombre y dijeron que estaba siendo buscado por asesinar a un policía. Hemos llegado con el tiempo justo para sacarlo de las garras de los agentes federales, me parece.

Increíble... Pero los hechos, las palabras de aquel hombre, allí estaban. Ryan hizo una mueca expresiva.

—Y tan a tiempo —gruñó—. Se me llevaban a interrogarme a fondo, ya estuvieron haciéndolo en la aduana. Pero no nací ayer, antes de abandonar el barco destruí mi documentación y me eché al bolsillo otra que tengo para casos de emergencia, de modo que les despisté. Iban a tomarme las huellas dactilares y entonces me habrían atrapado.

Había que seguir arriesgándose, jugar fuerte y audaz, su vida y la de su hermano estaban en juego, su buena fortuna seguía ayudándole. El chino asintió, inexpresivo como siempre.

—Por eso nos hemos anticipado. Hubo que darse mucha prisa, pero por suerte conseguimos sacarle de sus manos. Ahora usted saldrá de esta isla inmediatamente y le llevarán a Manzanillo. Yeng considera que su actuación, su evidente buena fortuna, merecen un premio. Llevará todo el cargamento del *Aligator* a la ciudad de México y allí lo entregará a su destinatario...

CAPÍTULO XIII

Manzanillo es una población de unos catorce mil habitantes, situada en la bahía de su nombre, sobre el istmo que separa la bahía de la laguna de Cuyutlán y frente a las bahías interiores de Santiago y Salagua, en la costa mexicana del Pacífico. Se trata de un puerto de altura abrigado y profundo, con capacidad para más de cien buques cuando acaben las obras del mismo, iniciadas hace setenta años. Se encuentra a noventa y siete kilómetros de Colima, con la que la unen ferrocarril y carretera. Solo cede en importancia portuaria a Mazatlán y constituye la salida natural al mar de los estados de Nayarit, Colima y el sur del de Jalisco, a través de él se realiza un tráfico regular de carga y pasaje a los Estados Unidos, América del Sur y Asia.

Por eso nadie pareció ocuparse de Walter Ryan cuando apareció allí veinticuatro horas antes de que recalara el *Aligator*.

Ahora la apariencia del inspector era la de uno de tantos americanos como bajan a México para disfrutar sus vacaciones. Se alojó en un hotel de mediana categoría, abonando cuarenta y ocho horas de estancia por anticipado, firmando como Phil Thomas y anunciando que se proponía marcharse a pescar a una aldea más al Sur. Ni se le hicieron más preguntas ni nadie le molestó.

Los cinco días últimos habían sido acaso los más extraordinarios de toda aquella misión. Primero, el chino ayudante de Yeng le había trasladado en el taxi al puerto deportivo, donde fue metido en una de las infinitas embarcaciones menores de recreo. Allí permaneció, fumando, bebiendo y haciéndose preguntas sin posible respuesta, hasta la noche. Entonces, la embarcación levó anclas y abandonó el puerto deportivo. A la entrada del puerto principal transbordó a una lancha vulgar y corriente que le condujo, empujada por dos remeros, cerca de un paquebote de los que hacen la ruta entre Honolulu y San Francisco. Subió a bordo del mismo elegantemente vestido y sin que nadie le opusiera ninguna dificultad, envuelto en la riada de turistas que retornaban a los estados y con un flamante

pasaporte a nombre de Phil Thomas. Durante su estancia en la embarcación de recreo, un experto maquillador japonés le había cambiado el color del cabello, la forma de las cejas y nariz, le añadió una discreta cicatriz en el mentón y le acopló unos lentes de tecnócrata o alto funcionario. Los agentes del FBI que a no dudarlo vigilaban el barco no tuvieron la menor idea de que estaba pasando por delante de sus narices el mismo inspector jefe Ryan, al que probablemente consideraban asesinado a aquella hora.

Su viaje de cuatro días y tres noches fue un paréntesis de descanso. Estaba seguro ya de una cosa: Yeng, por una increíble jugarreta del destino, no desconfiaba de él, incluso le consideraba una especie de mascota de la buena fortuna. Cuando descubrió entre el pasaje de a bordo al funcionario público retirado canadiense que iba en el *Aligator* se llevó una buena sorpresa, pero el individuo aquel, que ahora iba gratamente acompañado por una dama de aún buen ver, no dio muestras de reconocerle, cosa bastante lógica si era, como ya suponía Ryan, un agente de la Interpol. Solo que, si lo era, ¿por qué venía en este paquebote? ¿O sería un hombre de Yeng?

En San Francisco no tuvo tampoco problemas. Los federales parecían haber dado por sentado que él estaba muerto a aquellas alturas. Y él no podía arriesgarse demasiado, pues tenía órdenes concretas. De todos modos, ni siquiera los sabuesos de Yeng, en el supuesto de que aún desconfiaran, habrían podido descubrir que echó un mensaje al correo de a bordo, una carta con urgencia dirigida a determinada anodina dirección postal en San Francisco. Llegaría a las dos horas, tres a lo sumo, de atracar el barco en el muelle, a las manos del comisario federal Granville, un viejo amigo. Y su lectura —estaba en clave— bastaría para que los camaradas supieran que seguía vivo, teniendo una suerte loca y camino de resolver el enigma de mister Liberty.

En San Francisco estuvo exactamente cinco horas. Y sostuvo tres contactos diferentes. Dos, con miembros del *gang* de contrabandistas, el tercero ya en el aeropuerto, mientras le visaban el pasaporte para ir a México, con un agente de Narcóticos...

Ahora los federales no iban a cometer ningún error. Desde Manzanillo a Ciudad México él iba a estar perfectamente controlado. Cuando entregara su cargamento de droga al correo

principal que debía pasarlo a los Estados Unidos sus camaradas estarían muy cerca. Aquel cargamento, lo llevara quien lo llevase, iba a ser la clara flecha indicadora de la identidad del tan buscado mister Liberty. A ver si todo salía bien hasta el fin...

Cuando, a las dos horas de llegar a Manzanillo se tropezó con la mujer, apenas si tuvo ninguna sorpresa. Ya estaba preparado para todo.

Ella se le acercó con la más abierta y promisoría de sus sonrisas.

—Juraría que nos conocemos, pero no recuerdo ahora de dónde...

—Yo diría que no, señorita. Pero no me disgustaría conocerla, y bien a fondo. Mi nombre es Phil Thomas, de San Francisco.

—Yo soy Adela Ramírez, de Ciudad México. Y bueno, de usted depende todo...

Ella se había llamado Ilona Matescu a bordo del *Aligator*. Un buen salto, desde Tokio a Manzanillo...

Jugaron un bonito juego de pillos durante el resto del día. Ella se hizo invitar a almorzar, bailaron a media tarde, tomaron bebidas en abundancia...

—Me vuelven loca los hombres fuertes y feos...

Seguro. Buena pieza estaba hecha... Cenaron también juntos y luego ella le invitó a subir a su habitación del hotel. Pero antes habían estado, al atardecer, paseando por el puerto, como otros desocupados, y vieron atracar al *Aligator*.

Toda la loca ansiedad del inspector por su hermano se disipó al verle dirigir la maniobra desde el puente. Le costó trabajo evitar que su astuta y atenta compañera descubriera sus emociones. Theo continuaba bien...

Siguió el juego de pillos. Como Adela Ramírez, mexicana, la mujer no desentonaba en absoluto de Ilona Matescu, rumana.

Ella no opuso demasiada resistencia cuando le anunció que la dejaba para regresar a su hotel.

—Mañana salgo para Chilecito, a pescar...

Parecía una de tantas aventuras triviales, de capricho por ambas partes y sin futuro. Pero Ryan sabía que aún iba a ver de nuevo a la mujer.

No fue al hotel. Se encaminó derecho a una determinada esquina y esperó unos minutos. Pronto llegó un automóvil potente, con

matrícula norteamericana, del estado de Texas. Lo conducía un hombre joven, fuerte, moreno, cómodamente vestido.

— ¿Kinkaid?

Solo un hombre podía llamarle así a aquella hora en aquella esquina, y, además, ya se habían visto el día anterior, sin hablarse. Ryan subió al automóvil y se alejaron, hacia los muelles. Allí dejaron el coche en un callejón silencioso, oscuro y sucio, apeándose.

Caminaron en silencio un centenar de metros. Ryan tenía instrucciones de dejarse llevar por el otro y una gran curiosidad por saber cómo iban a sacar veinticinco kilos de heroína del muy sospechoso, vigilado y hasta registrado *Aligator*.

Llegaron junto al muelle donde el barco estaba atracado. Podían ver perfectamente su mole, iluminada como la de cualquier otro barco de sus características. La calma en el muelle era absoluta ¿Estaría despierto su hermano, esperando a que los enviados de Yeng llegaran a por la peligrosa mercancía? Su hermano Theo...

—Vamos.

— ¿Al barco? ¿Así?

—No. Hay que esperar una señal; luego iremos a recoger la mercancía.

Pasaron, como dos paseantes de madrugada, como tantos norteamericanos ambiguos que ya en México estaban habituados a ver, por el muelle delante del *Aligator*. Ryan vio salir del puente a un hombre y reconoció a su hermano. ¿Sabría Theo que aquel tipo con lentes era el que conoció y tuvo a bordo como Kinkaid?

Vio cómo su hermano encendía pausadamente un cigarrillo, mirándoles, y luego tiraba el cigarrillo recién encendido al muelle, ante ellos.

Su acompañante se agachó y lo recogió, siguiendo su camino. Todo muy rápido, natural.

Un poco más lejos, bajo la luz de un farol, detuviéronse. Y el otro deslío el cigarrillo, sacando de él un pequeño papel con una nota:

«Número 14, bulto 1.863, tercera fila estibamiento a la derecha.»

El almacén estaba cerca, su puerta daba a una calle transversal. Había desde luego vigilantes por allí, pero precisamente el que encontraron delante de aquel almacén tenía la llave del mismo en la mano. Les saludó brevemente y les abrió, sin más.

Ya dentro de la nave, Ryan y su acompañante encendieron sus linternas. El vigilante cerró la puerta y quedó fuera. Buena organización...

Fue cosa fácil encontrar el bulto 1.863. Ryan reconoció aquellos bultos con especial excitación. De modo que era aquello, tan sencillo como todo lo verdaderamente hábil...

—Vamos, manos a la obra. Hay que apurar, por más que el vigilante nos avisaría si hubiera peligro.

Abrir un fardo de caucho virgen transportado desde Singapur no era cosa difícil, en realidad. Y dentro de un fardo de caucho virgen de cien kilos de peso, compacto, impermeable, resultaba de lo más sencillo situar un hueco capaz de contener veinticinco kilos de heroína refinada, metida en bolsas de plástico de un kilo de peso. Sumamente sencillo... aunque Ryan se preguntó cómo diablos su hermano, y los ayudantes que sin duda tenía a bordo, se las arreglaron para meter aquella heroína en aquel fardo de caucho. Eso sí que no era nada sencillo, a decir verdad.

Él y su acompañante tardaron diez minutos en sacar la heroína de su escondrijo y meterla en las bolsas de sutil y resistente, también opaco, plástico que llevaban convenientemente ocultas bajo la ropa. Luego otros tantos en colocar de nuevo el caucho virgen bien pegado, con ayuda de un tubo de goma líquida, y coser el envoltorio exterior de tela de yute. Treinta y cinco minutos después de su entrada en el almacén lo abandonaban, con la valiosa mercancía clandestina. El mismo vigilante que les abrió al llegar, cerró a su espalda...

Tenían exactamente casi trescientos metros hasta el punto donde dejaron el coche. Un largo trecho, si les salía al paso un guardián del muelle no sobornado, o policías... pero al doblar la esquina Ryan descubrió el coche que les trajera parado a corta distancia. Luego había al menos otro cómplice.

—Vamos, hay que echar los sacos en el portaequipajes.

Había otro cómplice, pero Ryan no pudo verle porque tenía echada la cortinilla de la ventanilla de atrás. Llegaron al coche,

dejaron en tierra los sacos, abrieron el portaequipajes y metieron la mercancía, cerraron y el acompañante de Ryan se apresuró a ir a tomar el volante. Más pausado, Ryan abrió la portezuela posterior y miró.

Allí estaba Iona Matescu. O Adela Ramírez, lo mismo daba.

— ¿Sorprendido, Kinkaid?

Ryan respiró hondo, terminó de entrar y se sentó a su lado. El otro hombre puso en marcha el automóvil, encendió los faros y se alejaron sin mayores prisas. Sacando tabaco, el inspector se lo ofreció a la mujer, que aceptó.

—Debí imaginármelo. Así que eres mi perro guardián...

—Digamos mejor tu ángel protector. Aunque tú necesitas poca, tienes una increíble buena fortuna. Y bueno, ahora soy tu esposa muy amada y viajamos por México en goce de unas bien ganadas vacaciones...

CAPÍTULO XIV

Grande y hermosa es la Ciudad de México, eso lo saben cuantos allí han estado. También que en ella se puede conseguir casi todo, por no decir todo, si se dispone de abundante dinero. Y que allí habitan, como en todas las grandes urbes, gentes de todas clases, lo cual da lugar a la posibilidad de toda clase de sorpresas...

El señor Phil Thomas y su guapa esposa llegaron sin novedad tras realizar un apacible viaje, en su automóvil, desde la costa del Pacífico Y ahora se disponían a terminar con su misión.

Detuvieron el automóvil en una estación de gasolina y, mientras Ryan quedaba en el coche, la mujer fue a telefonear. Regresó poco después con una de sus gratas sonrisas.

—Déjame conducir, tú no conoces bien esta ciudad.

— ¿Adónde vamos?

—A entregar la mercancía.

Durante todo el viaje desde Manzanillo el juego entre ambos había sido de zorro a zorro, sin que ninguno consiguiera sonsacarle al otro nada de interés. Eso sí, fue una agradable pugna, en cierto sentido. Y ella pareció sincera al decir:

—Después de esto dispondremos de dos semanas de vacaciones. ¿No te parece que podríamos disfrutarlas juntos? Conozco lugares estupendos en este país para olvidarnos de todo por una temporada...

Era astuta, retorcida, inmoral, ambiciosa, cínica, y, probablemente, también criminal; de ordenárselo, sin duda asesinaría sin vacilar, probablemente lo hizo más de una vez. Pero también era mujer y eso la colocaba en cierta desventaja. Ryan le había contestado que su respuesta dependería de las órdenes que le dieran. Y ella sonrió.

—Le has caído bien al poderoso Yeng, de eso no caben dudas. Te está concediendo lo que a muy pocos, la entrada en el círculo de los

correos más importantes, cosa que los demás hemos necesitado años y hacer muchos merecimientos para conseguir. Claro que tu buena suerte, tan evidente, explica mucho...

Podía ser. Sin duda la tenía. Todo era, sin duda, buena suerte, porque de lo contrario sería absurdo. Estaba aquí, en la Ciudad de México, tras un periplo de miles de millas, vivo y llevando veinticinco kilos de heroína pura al misterioso míster Liberty, cuando todas las probabilidades eran de que debió morir mucho antes de llegar a este punto

Sabía que los federales estaban marcando su paso cuidadosa y astutamente. Ahora mismo, el conductor del coche llegado justo tras él habíale hecho la seña convenida al ponerse a silbar determinada canción ya antigua mientras sacaba, mirándolo al desgaire, un cigarrillo de determinada marca poco vendida en México. Todo funcionaba bien; ojalá siguiera así hasta el final...

La mujer —aún ignoraba su verdadero nombre, estaba seguro— condujo hábilmente por entre el denso y anárquico tránsito de la urbe. Finalmente se detuvieron delante de una hermosa villa ajardinada, en un barrio residencial.

—Hemos llegado.

Ryan no hizo preguntas. El agente federal llegado a la gasolinera le había lanzado, con felina agilidad, determinado chisme electrónico que él mismo pegó hábilmente en un lugar seguro y adecuado del coche mientras fingía revisarlo y le llenaban el depósito de gasolina. Así, sus camaradas no pudieron perder la pista por entre el denso tráfico de la ciudad. Más no podía hacer.

Entraron juntos en la casa dejando fuera el coche, al que se acercó uno que parecía ser sirviente, llevándoselo al garaje, ya abierto. Allí, sin duda, iban a trasladar el alijo de heroína a otro lugar. Bien, él no podía moverse ahora en tal sentido, era asunto de sus camaradas.

La villa era ciertamente suntuosa, y el servicio impecable. Sin duda pertenecía a gente de mucho dinero, lógico, tratándose de importadores de drogas al por mayor. Les introdujeron en una habitación donde había dos hombres de edad mediana y elegante aspecto, dos perfectos caballeros de indudable estirpe hispanoamericana. El más grueso de ellos se les adelantó con la mano tendida y una sonrisa de bienvenida.

—Buenos días, querida Adela. Así es que este es tu nuevo esposo...

Al parecer, su acompañante y el dueño de la casa eran buenos y antiguos amigos... La mujer asintió, con sonrisa de muchos matices:

—Como sabes, Emilio, soy una mujer muy veleidosa... Te presento a Larry Kinkaid, todo un hombre, créeme. Pero ahora se llama Phil Thomas.

—Me alegra conocerle, Kinkaid. De hecho ya tengo información sobre usted. Parece que es un hombre con una fabulosa buena suerte.

—Sí, eso parece. ¿Cómo está usted? Quisiera saber cómo debo comportarme aquí, la verdad es que Adela no me lo ha dicho.

—Oh, bueno, eso es muy fácil, somos socios en el mismo negocio y por lo tanto amigos. Yo soy Emilio Zabala, todos me conocen, tengo infinidad de buenos e influyentes amigos en todas partes, un bufete abierto muy prestigioso... Permítame presentarle a su excelencia, el embajador de...

El embajador de una nación iberoamericana en la ONU estrechó la mano del inspector Ryan muy cordialmente. Era un hombre educado, se le notaba de inmediato. También era el gran correo de Yeng, al parecer.

—Todo muy sencillo. Como no ignora, disfruto de valija diplomática. Me encuentro actualmente disfrutando unas cortas vacaciones en esta hermosa ciudad, soy un conocido coleccionista de obras de arte precolombinas y suelo adquirir siempre algunas en mis viajes a México, naturalmente con toda legalidad, en subastas y cosas así...

Luego se llevaba sus adquisiciones a los Estados Unidos sin que los agentes de aduanas ni los federales pudieran abrir sus valijas, tenía inmunidad. Y en cada viaje, una gran cantidad de droga entraba con él en los Estados Unidos, para ser luego recogida por los agentes del propio mister Liberty y terminar en las venas de miles y miles de infelices drogadictos. Bien, el señor embajador iba a ver muy pronto liquidados sus fructuosos viajes de vacaciones. Ya era algo, tal vez sus camaradas, siguiéndole a él, lograran dar con la ansiada pista conducente a mister Liberty. De todos modos, gracias a su trabajo y su buena fortuna, el FBI tenía ya la información suficiente para destrozarse aquella organización de granujas hasta un

nivel muy alto.

Durante unos minutos se sostuvo allí una conversación de lo más interesante para un inspector de Narcóticos. Sin duda él, Ryan, estaba siendo acogido como un miembro más del reducido círculo de los principales correos de Yeng y míster Liberty, todo un honor.

Y entonces ocurrió de nuevo lo increíble.

—Aquí llega mi esposa con nuestro buen amigo el señor Sun-Tao.

La puerta se abrió, dando paso al chino de cara inolvidable, el hombre que parecía tener la plena confianza del poderoso Yeng. Con él venía una mujer.

El inspector Ryan estuvo a punto de dar al traste con toda su misión. Lo que pudiera sucederle en ella ya no podía cogerle de sorpresa, eso se imaginaba tras el cúmulo de hechos extraordinarios que le habían sucedido. Y se equivocó, acababa de suceder lo más increíble de todo. Lo más inesperado... y le cogía completamente fuera de guardia. Por eso estuvo en un tris de fallar.

Pues la mujer que entraba con el chino, la esposa de Emilio Zabala, no era otra sino Louella, la que estuvo casada con su propio hermano, la mujer cuya inmoralidad, cuyo cinismo y malas artes provocaron el drama que les separó. Su propia cuñada Louella...

Por un instante, Ryan sintió que la tierra se abría bajo sus pies y se ponía a temblar. Llamando a todas sus fuerzas, a toda su experiencia, dominó la violenta reacción y, cuando el actual marido de ella les presentó, su rostro, mirada y voz eran normales.

—Encantado, señora...

Quince años... Y tras ellos, de nuevo frente a frente. Ella ya tenía cuarenta y los estragos del vicio, de sus muchos vicios, se acusaban implacablemente en sus ojos, su cara, su cuerpo, por más que aún fuera bella y, hasta cierto punto, deseable. La mano que le tendió estaba muy cuidada, pero ya no era la mano que ella tuvo quince años atrás. Al inspector le provocó la sensación de tener entre los dedos un manojo de víboras. Louella...

Ella estaba mirándole con intensa fijeza ahora. Y los demás, atentos. Peligro, mucho e inminente peligro, porque Louella podría reconocerle a pesar del disfraz y el tiempo transcurrido...

— ¿No nos hemos visto nunca antes?

—Yo creo que no, señora. En realidad, hasta ahora mi vida

transcurrió por lugares y entre gentes muy distintos a los que usted debe frecuentar.

Lo que le costaba aquella serenidad solo él lo sabía; pero a toda costa debía superar la prueba o estaba perdido. Louella no iba a vacilar en desenmascararlo y asesinarlo para salvar su propio pellejo. Sin duda sabía cuál era su oficio... Y ella, a la postre, seguía siendo la misma. Una más del *gang* que introducía ingentes cantidades de droga en los Estados Unidos; ella, una vieja drogadicta, una sucia perra...

La vio hacer un gesto que le quitó de golpe quince años de encima.

—Debe ser así... Han sido sus ojos, me recuerdan los de otra persona, pero una que en realidad tampoco puedo recordar. En fin, carece de importancia. De modo que es usted el hombre de la buena fortuna...

¿Hasta qué punto la droga habría embotado su cerebro? ¿Recordaría que tuvo un cuñado cuya buena suerte era notoria en la familia, al que trató de inducir a ser su amante, al que por su culpa casi mata su propio hermano? Era una incógnita a arrostrar, que añadía una nueva faceta al riesgo mortal de su misión.

Durante la hora siguiente todo el grupo se mantuvo en una agradable intimidad social. Cualquier observador ignorante de la realidad habría pensado estar ante una de las tantas reuniones de gente bien como a diario se dan en cualquier parte del mundo civilizado, gentes adineradas con todas las ventajas que dan el dinero y la alta posición...

El embajador fue el primero en despedirse. Salió en su magnífico automóvil con placas del cuerpo diplomático, y en cuyo portaequipajes debían ir los veinticinco kilos de heroína. ¿Quién lo podría sospechar?

Sun-Tao liquidó después aquel trabajo. Dos fajos de billetes de Banco, muy abultados, y unas palabras amables, con la clásica cortesía oriental.

—Cinco mil para cada uno de ustedes, realizaron un excelente trabajo. Disponen, salvo órdenes en contra de dos semanas de vacaciones, pero deberán informal al señor Zabala, como de costumbre, sobre el lugar o lugares donde se proponen disfrutarlas, por si resultare necesario utilizar de nuevo sus servicios.

—Bueno, Kinkaid y yo la pasaremos juntos, si no tiene nada que decir usted en contra.

El descaro de Adela obtuvo una fina sonrisa del chino, otra más cínica y abierta de Zabala y una leve, estereotipada, de Louella, que en todo aquel tiempo se había mostrado muy locuaz, muy animada... pero sin quitarle ojo a Ryan.

—Vaya, Kinkaid, no puede decirse que sea hombre desafortunado...

—Yo no lo he dicho.

—Pueden ir juntos. Pero recuérdale al señor Kinkaid, mejor dicho, impóngale en las obligaciones morales de un correo de nuestra organización, lo mismo cuando trabaja que cuando descansa.

Y eso fue todo. Demasiado sencillo, fácil, agradable... Una serie de apretones de manos, el de Louella más nervioso, no mucho, que antes... y él, Walter Ryan, viose de nuevo en la calle, con cinco mil dólares en el bolsillo y una atractiva mujer como pago por haber transportado un alijo de heroína desde Singapur a Ciudad México. Demasiado fácil...

¿Qué estaría pensando Louella? ¿Le recordaría?

CAPÍTULO XV

Él y Adela Ramírez abandonaron Ciudad México a la mañana siguiente, como un flamante matrimonio muy enamorado, tras haber pasado la noche en uno de los mejores hoteles de la ciudad y efectuado un grato recorrido de sus lugares de diversión hasta la madrugada. De hecho casi era mediodía cuando dejaron el hotel en el mismo automóvil que les sirviera para llevarse el alijo de Manzanillo.

Una hora después, cuando iban a moderada velocidad por la carretera que conduce a Cuernavaca, en un tramo de la misma lleno de vueltas y magníficos panoramas hacia el Popocatepetl, un automóvil que venía en dirección contraria se les cruzó en el camino al tiempo que otro que desde hacía unos pocos kilómetros se mantenía a su zaga acercábaseles a toda velocidad.

El lugar era perfecto para una emboscada, así como la hora, casi pleno mediodía. Entre dos curvas, aquel trozo de carretera estaba solitario. Ryan descubrió a la vez una cara y la boca de una metralleta, reconoció a la primera y frenó con tanta brusquedad que la sorprendida Adela se fue de narices contra el parabrisas gritando de alarma y dolor, para quedar luego ligeramente conmocionada.

Dos hombres y una mujer descendieron del automóvil que les seguía al frenar este justo detrás de ellos

Otros tres hombres, comprendido el de la metralleta, salieron del coche que se les había cruzado en la carretera forzándoles a detenerse. Todos se acercaron al automóvil.

—Vamos, inspector, no hay tiempo que perder.

Con un suspiro, Ryan abrió la portezuela de su lado y miró a la ahora más que sobresaltada mujer que iba a su lado en el asiento.

—Ya lo has oído, muchacha. Hay que bajar.

Ella había entendido muy aprisa. Se le notó en la cara.

—¿Inspector...?

—Del Departamento de Narcóticos del FBI, en misión especial.

Como ves, yo también tenía ases guardados en mi manga.

Lo que dijo Adela Ramírez, alias Ilona Matescu, es preferible no reproducirlo. Intentó una vana resistencia, pero le quitaron la idea velozmente. Unas esposas ciñeron sus muñecas, un golpe muy poco galante la dejó fuera de combate, dos de los federales la arrastraron al coche que vino tras ellos...

Todo el jaleo apenas si duró tres minutos. Y aún no había aparecido ningún otro vehículo en aquel tramo de carretera cuando Ryan retornaba a México en compañía de uno de los agentes federales.

—Hemos seguido al embajador sin que sospechen nada él ni los que vigilan sus pasos aquí por cuenta de Yeng y de míster Liberty. Sale esta misma noche para Nueva York, en cuanto llegue lo atraparemos.

—Quien importa es míster Liberty y aún desconocemos su identidad. ¿O han podido identificarle?

—Todavía no, pero estamos seguros de conseguirlo, gracias a su magnífica tarea. De hecho, ahora actuamos un tanto ilegalmente, al margen de la policía mexicana. Vamos a retener a su guapa acompañante en lugar seguro por ahora y el automóvil será ocultado también. Los agentes de la organización que están encargados de certificar su llegada a Cuernavaca y a Taxco no le conocen, y muy poco a la Ramírez, creemos que tienen órdenes de no acercárseles, sino solo vigilarles para comprobar si están siendo «marcados» por alguien, policías o no. Con un poco de suerte, nuestros compañeros caracterizados como ustedes les podrán engañar el tiempo necesario.

—Así lo espero... ¿Averiguaron lo que les dije?

—Perfectamente. Es cierto que uno de los lugartenientes favoritos de Yeng estaba traicionándole con suma habilidad y minándole el terreno en nuestro país, al colocar su droga en mejores condiciones de precio. Parece ser que el propio míster Liberty estaba vacilando entre Yeng y su protector. Yeng aún no había logrado desenmascararle, pero andaba muy cerca. A usted lo eligió cuando su propio hermano le contó cómo había sobrevivido al naufragio. Fue enviado al *Aligator* como cebo, también para probar si en efecto era tan buena su suerte. No llevaba heroína en aquel bolso de mano, sino simple azúcar. Cuando se salvó sucesivamente

de dos atentados, Yeng decidió que usted debía seguir adelante. Gracias a esos atentados, ordenados por el que le traicionaba al imaginarle a usted un hombre de la especial confianza de Yeng, enviado a descubrir su traición, Yeng pudo tener las pruebas necesarias contra su traidor protegido. Nuestras noticias indican que tan brillante discípulo debe estar ahora sufriendo toda una serie de muy crueles torturas chinas, si no es que ha muerto ya, y su organización es desmantelada al modo clásico, muerte sumarisima. Uno de los que han muerto ya es el contramaestre del *Aligator*, le hallaron con un puñal en la espalda y degollado en las, aguas del puerto de Honolulu al día siguiente de usted ser secuestrado por la gente de Yeng.

— ¿Qué hay de Banion y el otro compañero?

—Tuvieron mucha suerte, no usaron gas mortal contra ellos. La verdad es que estábamos seguros de que pensaban liquidarle, por haberle descubierto. No fue sino hasta que pudimos hablar con su hermano que nos tranquilizamos de veras.

Ryan se sobresaltó.

— ¿Gracias a mi hermano?

—Naturalmente, nos le llevamos para interrogarle en nuestras oficinas de Honolulu. Era lógico puesto que usted, como Kinkaid, había estado trabajando en su barco. Pero será mejor que él le diga todas esas cosas.

— ¿Que él me las diga...?

—Comprendo su sorpresa y excitación. Bien, su hermano ha sido detenido al llegar el *Aligator* a Panamá. La acusación es contrabando de drogas, incomunicado sin fianza, para interrogatorio. Tendrán que tragárselo, aunque ya deben haberse puesto en acción para sacarle. Llevaba mucho tiempo trabajando para Yeng a su plena satisfacción.

— ¿Quiere explicármelo de una vez, Bigby?

—Tranquílcese. Ahora vamos directamente al aeropuerto principal de la ciudad de México. Su hermano debe llegar aproximadamente una media hora después de la partida del avión de la PAA que conducirá a nuestro embajador, con su droga, a Nueva York. En ese momento, más o menos, haremos que la noticia de que usted y su acompañante han sido capturados por nosotros así como que traemos a su hermano a los Estados Unidos en avión,

llegue a oídos de Sun-Tao. No podrán ya avisar al embajador, de eso nos vamos a encargar. Comprenderán que están a punto de recibir un golpe muy duro y tendrán que moverse a toda prisa para cubrirse y, sobre todo, proteger a míster Liberty. Confiamos en que hagan lo más lógico. Tenemos hombres vigilando a Sun-Tao y también a los Zabala. Por cierto, para usted habrá sido una inmensa sorpresa descubrir que la esposa de Zabala es su antigua cuñada...

A las nueve y cuarto de aquella noche, el embajador llegó al aeropuerto con su automóvil oficial de la Embajada de su país en México. Previamente, funcionarios de la misma Embajada habían transportado su equipaje, bastante voluminoso, al avión de la PAA en que debía viajar a Nueva York. Los trámites, tanto para él como para su equipaje, fueron muy rápidos, valija diplomática, pasaporte diplomático... ya se sabe.

A las nueve y veinte minutos, un avión bimotor, pequeño, aterrizó en el aeropuerto mexicano. Walter Ryan, eliminado su maquillaje como Phil Thomas, salió del automóvil en que se encontraba desde hacía más de una hora y, en compañía de su colega el inspector jefe Bigby, pasó el control de viajeros mostrando Bigby simplemente su credencial. Él iba convenientemente esposado y los policías mexicanos no opusieron ningún impedimento. Oficialmente, Bigby y sus hombres habían venido a detener a un asesino norteamericano, culpable de haber dado muerte a un policía de carreteras en acto de servicio. Los documentos para poder capturarlo y llevárselo a Estados Unidos estaban en regla...

—Al menos dos hombres de la organización le han visto, seguramente, esposado. Dentro de poco conocerán todo lo que deseamos que conozcan.

Eso ya no le preocupaba a Ryan. Iba a ver de nuevo a su hermano y ahora podría abrazarlo, decirle... decirle todo lo que hasta ahora no le pudo decir. También iba a enterarse de algunas cosas.

Las esposas no estaban cerradas. Apenas comenzó a subir la escalerilla que conducía a la abierta puerta del avión recién aterrizado se las quitó. Una loca ansiedad lo embargaba. Su hermano Theo estaba allí, esperándole...

En efecto, el capitán de marina mercante Theodor Ryan se encontraba dentro del avión. Con dos hombres que, sonrientes,

miraron cuando avanzó impetuoso hacia su hermano, el inspector federal Walter Ryan.

— ¡Walter, muchacho!

— ¡Theo! ¡Hermano!

Los hombres muy hombres suelen tener muy grande el corazón. Y ellos siempre se habían querido mucho, el abrazo que ahora se dieron lo probó.

Luego, tras separarse, vinieron las palabras:

—Así que me reconociste, después de todo...

—Te habría reconocido aunque te hubieras cambiado hasta los ojos, pero no lo hiciste, ni cambiaste la voz. Al pronto quedé tan aturdido que no acababa de creer lo que mi sangre, mis sentidos, me afirmaban. Pero muy pronto comprendí que algo maravilloso e increíble había sucedido. Eras tú, mi hermano, el que acababan mis hombres de recoger en medio del mar, la noche y la niebla, náufrago en un punto normalmente infestado de tiburones... Tan solo había un hombre capaz de sobrevivir en una situación así, mi siempre afortunado hermano Walter...

Y eso lo explicaba todo, naturalmente.

—Yo sabía que llevaba a bordo en ti a un inspector de Narcóticos. Mi propio hermano... Planeé sobre la marcha ayudarte para que me ayudaras, incluso sin saberlo. A la mañana siguiente, cuando pude entrevistarme con Yeng, le hice saber que, a mi juicio, parte de mi tripulación ignoraba quiénes estaban a las órdenes del hombre que aún por entonces Yeng ignoraba quién pudiera ser y que desde hace un par de años venía minándole el terreno, suplantándole en el negocio. Yeng me tenía confianza y me creyó. Cuando le hablé de ti, de tu notoria buena fortuna, indicándole que podías ser un magnífico cebo para descubrir a los traidores, aceptó mi sugerencia; es muy supersticioso, tanto como astuto, desconfiado y artero. Te hizo llamar, averiguó tu historial como Kinkaid, le agradaste en la conversación que sostuvo contigo y te mandó con una falsa carga de drogas como primera prueba de tu temple. Yo, por mi parte, seguí adelante con mi plan, dejarte en la duda de si te habría o no reconocido con tu cara cambiada, tras tantos años de separación.

—Llegué a pensar que no lo habías hecho. Sufrí como no puedes imaginarte al saberte metido en ese sucio negocio, Theo. ¿Por qué?

—Ya tienes la respuesta. Después de... aquello, descubrí con qué clase de mujer me había casado. Fue tremendo, más de lo que puedes imaginar. Me divorcié, me hundí... No tuve coraje para buscarte y pedirte perdón, durante unos años vagué por el mundo, sin alicientes ni esperanzas... Y luego, hace seis años, descubrí, por casualidad, que ella había vuelto a casarse y estaba complicada con uno de los más importantes *gangs* de la droga. Eso me dio una idea de venganza...

Había entrado a su vez en aquel *gang*, el de Yeng y *míster Liberty*, tan solo para poder, un día lejano, cobrarse la gran deuda que tenía impagada la mujer que un día fue su esposa y le había destrozado la vida.

—Poco a poco llegué a ganarme la confianza de Yeng. Todos estos años he ido recopilando datos sobre su organización, prácticamente tengo reunidas pruebas más que suficientes para que el FBI y la Interpol puedan desbaratarla de un solo golpe. Lo que aún ignoro es la identidad de *míster Liberty*. Pensaba buscarte, con todo ese material, y dártelo para que lo utilizaras sin mencionarme, tú, tan víctima de ella como yo...

Y el destino le salió a mitad del camino.

—Fui yo quien mató a Maunser, echándolo luego por la borda. Usé una pistola con silenciador, no podía arriesgarme contigo...

—Te vi hablar con la Ramírez esa noche. Me llevé una sorpresa y también me desorienté.

—Ella había traído droga a bordo varias veces. Solemos cambiar las tripulaciones cada cierto tiempo, para que no conozcan a los correos de Yeng. Esta vez, su misión era doble; también tenía el encargo de Yeng, sin yo saberlo, de averiguar qué clase de pájaro eras. Pero lo recelé y tomé mis medidas. Hice sospechar de uno de los pasajeros, el canadiense... un hombre un tanto raro, posiblemente no trigo limpio, como presumible agente de la Interpol husmeando a bordo. Y a ti te puse en guardia todo lo que pude, para evitarte errores. Lo que no podía era estar a tu lado en todo momento, por poco si acaban contigo en Yokohama. Pero tu buena suerte y mis enredos, junto con lo bien que representabas tu papel y la confianza que yo me había ganado, nos han servido para salir con éxito y vivos de este negocio. Conseguí sacarte del barco de un modo lógico que no despertara demasiadas sospechas, aunque

por poco si tus compañeros no lo estropean al creer que te habían desenmascarado, cosa que de no ser por mí creo que sí lo hubieran hecho. Cuando me llevaron a declarar en Honolulu, y me dijeron que tú eras mi hermano, decidí contárselo todo. Entonces convinimos un nuevo plan para que pudieras llegar hasta aquí sin novedad, con la droga, e identificaras personalmente al correo que pasa cada mes entre veinticinco y cincuenta kilos de heroína a los Estados Unidos. Debe haber más de uno, yo creo, aunque no lo puedo asegurar. No entran solo por aquí, también lo hacen desde Canadá, directamente desde otros países sudamericanos... Lo que sí sé es que Louella y su actual marido son los agentes máximos de Yeng en México, ellos reciben siempre la droga en su casa y se la entregan al que debe pasarla a nuestro país. Ahora es preciso atraparla a ella y que sepa a quién debe su castigo. No te reconoció, ¿verdad?

—No estoy seguro. La vi tremendamente avejentada, sin duda las drogas, el vicio, le ha afectado el cerebro, poco o mucho. Dijo que yo le recordaba a alguien que no conseguía recordar...

En aquel momento, el inspector jefe Bigby —les habían dejado solos en la parte trasera del avión— llegó desde la cabina de mandos con una expresión claramente satisfecha que alertó a Ryan.

—Felicidades, Ryan. Todo está saliéndonos a pedir de boca. Zabala acaba de contratar una avioneta privada para realizar un viaje a los Estados Unidos. Ya vienen hacia aquí y con mucha prisa. Nuestros servicios de intercepción y escucha han captado toda una serie de conferencias telefónicas de lo más importantes. Se han puesto tan nerviosos al conocer su detención y la de su hermano que olvidaron la más elemental prudencia, ni siquiera han esperado a que Yeng les dé instrucciones desde Singapur. ¿Y sabe por qué? La esposa de Zabala acaba de recordar a quién se parecía el señor Phil Thomas, cuando supo, pues hasta ahora parece ser que lo ignoraba, que su primer marido, detenido en Panamá este mediodía por el FBI, llevaba años trabajando para el mismo amo que ella. Así que los Zabala van disparados a prevenir a míster Liberty de la tormenta que súbitamente se les ha venido encima. Solo nos queda dejarles llegar hasta él... y atraparles a todos juntitos. Un buen final para ustedes dos.

Los dos hermanos se miraron. Sí, era un gran final...

EPÍLOGO

—Listo. Puede quitarse usted mismo el vendaje, inspector.

Walter Ryan así lo hizo. Y se miró en el espejo que una linda enfermera negra le presentaba. El espejo le devolvió su propia cara, la que tenía antes de efectuada la habilísima y, a la vez, mínima intervención quirúrgica que le convirtió en un hampón llamado Kinkaid por un tiempo.

— ¿Advierte algún error, o cambio?

—No, doctor. Su trabajo es casi maravilloso. Solo me noto más joven.

—Ventajas de la cirugía estética. Naturalmente durante algunos días notará las consabidas pequeñas molestias. Luego, nada.

Luego, nada. Mejor dicho, luego le esperaba unas largas vacaciones, en un lugar apacible y aislado, en compañía de su hermano Theo. Juntos y solos, como tantas otras veces en el grato pasado... porque de nuevo volvían a ser los hermanos más unidos del mundo.

La mujer que tanto daño les hiciera estaba ahora en una celda de presidio, esperando una dura sentencia de la que no iba a poderse zafar. Cuando saliera, si salía, iba a ser una vieja. Y eso, para ella, era suficiente castigo. Probablemente enloquecería antes, porque su organismo estaba prácticamente destruido por las drogas y los excesos de todo orden. No podía compadecerla.

Tampoco podría olvidar su expresión cuando él y su hermano, junto con un grupo de agentes federales y policías estatales, irrumpieron en la mansión de míster Liberty, a donde ella y su actual marido habían llegado apenas diez minutos antes en un avión privado sin imaginarse estar siendo seguidos tan de cerca, por tierra y aire; tan de cerca que míster Liberty no logró destruir las pruebas capaces de enviarle a presidio de por vida.

Solo que míster Liberty ya no cumpliría ninguna condena. Oficialmente había fallecido de un ataque cardíaco en la celda donde esperaba a ser interrogado más a fondo en presencia de altos

funcionarios del Gobierno y congresistas. Porque él mismo había sido un alto funcionario años atrás, y fue congresista, y una de las más importantes personalidades del partido suyo en el Estado de su residencia, y se le conocía como un gran financiero, miembro de dos docenas de consejos de administración, multimillonario... Todo ello gracias a los ingentes beneficios que durante casi veinte años le había ido produciendo el comercio de narcóticos en gran escala, envuelto en la más absoluta impunidad. Veinte años sin que nadie, ni los federales, imaginasen su identidad con el misterioso míster Liberty, viviendo una perfecta doble vida en todos los sentidos... para que una drogadicta histeroide y su asustado marido, en un rapto de pánico, vinieran a echarlo todo por los suelos. No pudo detenerles a pesar de sus desesperados esfuerzos, no pudo tampoco evitar la captura de los veinticinco kilos de heroína en las valijas de aquel embajador que era notoriamente su amigo desde hacía muchos años, no pudo, lisa y llanamente, evitar que se cumpliera su destino. Lo único que pudo hacer fue morder una cápsula de cianuro y ahorrarse un proceso escandaloso.

Sun-Tao también pagó con su vida. Y toda la vasta, magnífica organización de Yeng fue hecha pedazos en una de las más amplias y bien coordinadas operaciones de las policías de diversos países. El propio Yeng era inatacable, pero difícilmente podría rehacer su gran obra en Occidente. Una gran victoria de los agentes de la ley en su lucha constante contra la hidra del crimen se había logrado, aun cuando la hidra retenía demasiadas cabezas y todas tal vez nunca se podrían cortar.

Pero dos hermanos se habían reencontrado después de quince años y ante ellos se abría otra época feliz, esperanzada. Por sí solo, también un gran triunfo...

F I N

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

se complace en recomendar
a sus lectores, las colecciones:

HEROES DE LA PRADERA

dedicada a las mejores novelas
de dos colosos del

"WESTERN"

dos autores cuya fama crece día a día:

SILVER KANE y KEITH LUGER

— y —

LA CONQUISTA DEL ESPACIO

en la que sólo tienen cabida las
más extraordinarias aventuras de

"CIENCIA FICCIÓN"

debidas a la pluma de los autores que
mayor éxito han obtenido entre los
aficionados a este género



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**

escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España